

ESTUDIOS HISTORICOS.



Núm. 1. DOÑA HORMESINDA. El retrato está sacado de un bajo relieve que se conserva en la iglesia de San Juan de Villanueva en Asturias.

Núm. 2. DOÑA SANCHA. Su retrato es copia de un bajo relieve del monasterio de San Isidro de Leon, iglesia que ella fundó.

Núm. 3. DOÑA URRACA. El retrato es copia de otro que se ve pintado en pergamino en una donacion que hizo á la catedral de Santiago.

25 de abril de 1847.

Núm. 4. DOÑA BERENGUELA. El retrato es copia de la estatua que hay sobre su sepulcro en el monte de las Huelgas de Burgos.

Núm. 5. DOÑA ISABEL LA CATOLICA. Es copia e retrato del que existe pintado al oleo en su capilla real de Granada donde está sepultada.

Núm. 6. DOÑA JUANA LA LOCA. Es copia de un cuadro que existe tambien en la capilla real de Granada.

TOMO V. 40

RECUERDOS DE LAS REINAS PROPIETARIAS DE ESPAÑA.

Ilustres princesas, honra de su sexo y de su patria, ocuparon desde luengos tiempos el noble trono de Pelayo; sus nombres pasaron a la posteridad cubiertos de gloria, y la historia ha consagrado muchas de sus mas bellas páginas para pintar sus virtudes y esclarecidos hechos. La época que alcanzamos en que una joven reina ciñe la corona de San Fernando es sin duda muy propia para dedicarla este recuerdo.

El primer ejemplar que la historia nos muestra de una hembra que reinase en España, es doña Hormesinda, hija de don Pelayo y de Gandiosa. Respetando los asturianos cual era justo a los ilustres vástagos del heroico restaurador de la monarquía y de la independencia española muertas en las ensangrentadas orillas del Guadalete, olvidaron el espíritu guerrero de las leyes godas que escluían a las mugeres de la corona, pues su mano débil no podía sustentar la espada que era el cetro con que se regían aquellos pueblos belicosos, y muerto lastimosamente el rey Favila en una cacería en las garras de un oso en 757, aclamaron para sucesora a su hermana Hormesinda. El ilustre duque de Cantabria, cuya valiente espada brillara con gloria en Guadalete y Covadonga, fué el digno esposo que eligió la nueva reina de los astures, y con el cual compartió no solo el tálamo sino el trono, pues le dió el título de rey y es conocido en nuestra historia con el nombre de Alfonso I el Católico. Tres hijos fueron el fruto de este dichoso consorcio, Fruela, Vimarano y Adosinda, de los que el primero y la última ocuparon sucesivamente el trono despues de la muerte de sus padres. Hormesinda abandonando a Alfonso la dirección de la guerra de los moros, en la que se cubrió de inmarcesibles laureles, ensanchando considerablemente los límites de la reducida monarquía de Asturias, se reservó para sí el mas grato de los deberes de un rey, el hacer la felicidad de sus súbditos; entregada de continuo a la práctica de las virtudes fué amada y respetada por ellos, y sus lágrimas y bendiciones la acompañaron hasta la tumba. Deseosa Hormesinda de mostrar su piedad y de perpetuar la memoria de la batalla de Covadonga, fundó en la celebrada cueva un monasterio con advocación de Santa María, al que dotó liberalmente en cuanto permitia el agotado erario del abreviado reino en aquellos tiempos calamitosos. Allí trasladó el sepulcro de su padre que estaba en Santa Eulalia de Belamio, pues creyó acertadamente que sus venerandos restos debían reposar para siempre en el teatro de sus gloriosos triunfos: consagró tambien Hormesinda un monumento a la memoria del desventurado Favila, fundando cerca del sitio en que tuvo lugar su desastrosa muerte, el monasterio de San Juan de Villanueva, donde se vé aun hoy día un tosco bajo relieve, y una larga inscripcion alusivas a aquel trágico suceso. La muerte de Hormesinda aconteció en 787 en Cangas, donde estaba a la sazón la corte, y fué sepultada con Alfonso I, que murió en el mismo año, en la referida iglesia de Covadonga.

No volvió a reinar en España una muger hasta la memorable doña Sancha, que ocupó el doble trono de Castilla y de Leon. Nació en la ciudad de este nombre, y fueron sus padres Alfonso V, el Noble, rey de Leon, y su esposa doña Elvira. Muerto aquel en 1028 sucedióle su hijo Bermudo III, el cual deseando estrechar los vínculos que le unian con el joven conde de Castilla don Garcia, hermano de su esposa, proyectó unirlo con Sancha. Convenida la boda en 1029 marchó Garcia a Leon a verificar el desposorio. Galante y enamorado dejó en Sahagun su

guarda adelantándose solo por ver algunos momentos antes a su bella prometida, mas al llegar a la ciudad fué vilmente asesinado por el conde de Alava don Rodrigo Vela, su padrino de bautismo. Tan terrible suceso llenó de dolor el sensible corazón de doña Sancha que se vió amante esposa, doncella y viuda, a un tiempo mismo. Apenas enjugadas las lágrimas que aquella inesperada desventura le arrancára, tuvo por complacer al rey su hermano, que aceptar la mano de Fernando, hijo segundo del rey de Navarra don Sancho el Mayor. Bermudo se proponia cimentar con este enlace la paz que tanto necesitaban los cristianos españoles. Celebráronse las bodas en 1035 con régia magnificencia. El rey de Navarra cedió a su hijo el condado de Castilla que acababa de heredar por derecho de su esposa, doña Mayor, hermana del malogrado Garcia, y el de Leon dotó a Sancha con la mayor parte de la tierra de Campos. Se estipuló tambien en este célebre consorcio, que ambos esposos tomasen el título de reyes de Castilla dejando el de condes que hasta allí llevaran los señores de aquel estado. Bien pronto nuevas desgracias turbaron la felicidad que Sancha comenzaba a gozar; su hermano Bermudo variable en sus resoluciones, quiso apoderarse de los estados que le cediéra en dote, y movió cruda guerra al rey de Castilla, pero en 1057 en la sangrienta batalla de Tamara encontró la muerte en la punta de una lanza. Este inesperado suceso colocó en las sienes de Sancha la corona de Leon, siendo la vez primera que este reino se unió con el de Castilla. En el mismo año pasó Sancha con su esposo a la corte de Leon, donde tuvieron lugar el 22 de junio las solemnes ceremonias de la coronación. Al poco tiempo Sancha fué madre y tuvo por primera hija a Urraca a la que siguieron Sancho, Elvira, Alfonso, y Garcia, todos los que tuvieron el título de reyes despues de muertos sus padres. La piedad, el valor, la prudencia, y el amor a su patria, rivalizaban en el ánimo de Sancha, y tantas prendas reunidas la señalaban un distinguido lugar entre las grandes reinas que ocuparon el solio castellano. La animosa Sancha tomaba parte en todas las expediciones marciales de Fernando que cada día alcanzaba nuevos triunfos, y añadia estensos dominios a su doble corona, pues reclutaba por sí misma los soldados, reunia vituallas y disponia cuantos recursos eran necesarios para sustentar la guerra santa, y hallándose exhausto el tesoro real, con tan continuadas luchas, empeñó todas sus joyas, con lo que levanto un ejército que conducido por el belicioso rey de Castilla, consiguió nuevas victorias sobre los moros. El 27 de diciembre de 1065 vino la muerte a cortar la no interrumpida serie de sus triunfos, y doña Sancha, siguiendo la costumbre de las reinas viudas de aquel tiempo, se retiró a un monasterio, donde murió el 8 de noviembre de 1067. Su sepulcro se ve en San Isidro el Real de Leon, iglesia que restauró y a la que miraba con particular predileccion.

La tercera reina propietaria que nos presenta la historia es la tristemente célebre doña Urraca, en la que no encontramos las prendas que tan respetable y querida hicieran la memoria de sus ilustres predecesoras. Fué su nacimiento en Leon corriendo el año de 1080, y sus padres eran Alfonso VI el Brabo, rey de Castilla y de Leon y su esposa doña Constanza. Al renombrado conde don Pedro Ansures, confió el rey la crianza de Urraca, y aunque sembró en el corazón de su régia alumna la semilla de las virtudes, desgraciadamente no recogió el fruto que se prometiera. En 1095 queriendo Alfonso VI acordar la justa recompensa que se merecian el valor y los servicios de Raimundo, conde de Borgoña, uno de los nobles aventureros que vinieron de Francia a tomar parte en la conquista de Toledo, le concedió la mano de Urraca dándole por dote el condado de Galicia. Allí fué a residir con su esposo, y en 1105 tuvo un hijo llamado Alfonso que reinó mas

adelante, y al año siguiente una hija que se nombró Sancha. En 1107 murió Raimundo de Borgoña, y en 1109 el rey Alfonso VI, por lo que heredó Urraca la corona, reuniendo bajo su cetro los reinos de Galicia, León, Castilla y Toledo, y el mismo año contrajo segundas nupcias con Alfonso I, el Batallador, rey de Aragón. Urraca olvidada de los deberes que le imponía su sexo, y su calidad de reina y de esposa, se entregó a la mayor disolución, lo que y la ambición desmedida del rey aragonés fueron el origen de las continuas disensiones entre ambos esposos, que duraron todo el tiempo que la vida de Alfonso. Este invadió los estados de Urraca y puso guarnición aragonesa en todas las plazas fuertes, encerrando a aquella en Castellar y luego en Soria, donde la repudió públicamente. Un legado del papa vino también en 1114 a disolver el matrimonio, que era nulo por ser Urraca y Alfonso primos segundos. Uno de los amantes mas declarados de la reina era don Gomez Salvadores, conde de Candespina, el cual fue muerto en 1119 en la batalla de Sepúlveda por el rey de Aragón. Otro fué el conde don Pedro de Lara, con quien se caso, segun afirman varios historiadores. Todo el reinado de Urraca fué un tejido de desgracias y turbulencias. Ganada la batalla de Viadagos por los aragoneses, la reina se retiró a Asturias y luego a Santiago, y poniéndose a la cabeza de un ejército, derrotó al de Alfonso que se vió obligado a encerrarse en Carrion donde fué sitiado por su belicosa consorte. Hizose por fin la paz; mas duró muy poco tiempo, y Urraca apoyada por sus amantes y varios pueblos que la eran adictos, sostuvo la guerra por algun tiempo, mas al fin hubo de retirarse segunda vez a Galicia, de donde sacó nuevos auxilios de hombres y dinero, con lo que rechazó al monarca aragonés y le arrojó del territorio de Castilla. El obispo de Santiago, don Diego Gelmirez, disgustado de la inconstancia y liviandad de la reina, proclamó por rey a su hijo Alfonso en 1116. De aquí nacieron nuevos escándalos y disensiones entre hijo y madre, y aunque al año siguiente se reconciliaron, se renovaron las discordias en 1119, y duraron hasta 1123 que Urraca abdicó la corona que tan mal llevara, en su hijo. Aborrecida y despreciada de sus vasallos murió de parto en Saldaña, pueblo de tierra de Campos, en 1126, y fué sepultada en San Isidro de León.

La desagradable impresion que habrá causado a nuestros lectores la reseña que acabamos de hacer del infeliz reinado de doña Urraca, creemos quedará destruida al contemplar el hermoso cuadro del de doña Berenguela la Grande que vamos a presentarles. Esta noble princesa tuvo por padres a Alfonso VIII el Bueno, rey de Castilla, y su esposa doña Leonor de Inglaterra. Su nacimiento tuvo lugar en Burgos en 1171, y en el mismo año fué jurada heredera del reino: desde sus años mas tiernos dió muestras del talento y prudencia que un día la hicieron el modelo de las reinas y el orgullo de su patria, sobresaliendo también por su ardiente caridad con los pobres y su amor a sus vasallos, a los que miraba como hijos. En 1188 se desposó con Conrado, hijo del emperador de Alemania, mas este matrimonio se disolvió sin llegar a realizarse. Habiéndose disuelto por este tiempo el de Alfonso IX, rey de León, contrajo nuevas nupcias con Berenguela, que fué la prenda con que se afianzó la paz entre Castilla y León en 1197. Apenas casada persuadió al rey disminuyese los tributos que agobiaban al pueblo, é introdujese reformas saludables en las leyes; y queriendo dejar una memoria útil de su reinado reedificó el Real Palacio de León y las fortalezas de la ciudad destruidas por las continuas guerras. Tuvo Berenguela cinco hijos, que se nombraron San Fernando, don Alfonso de Molina, Leonor, Constanza y Berenguela. Despues de tan larga sucesion fué disuelto su matrimonio por el próximo parentesco que mediaba entre Berenguela y Alfonso, lo que produjo gravísimos disturbios por la repugnancia de este a separarse de tan digna esposa, hasta que verificándose

el divorcio en 1204, marchó Berenguela a reunirse con sus padres. En 1214 murió Alfonso VIII, y recayó la corona de Castilla en su hijo Enrique I, de edad a la sazón de once años, quedando gobernando el reino durante su minoría, la reina viuda doña Leonor; mas no pudiendo resistir esta tierna esposa el dolor que la causara la pérdida de Alfonso, bajó al sepulcro a los veinte y seis días, y fué nombrada Berenguela en su lugar para gobernadora del reino. El conde don Alvaro Nuñez de Lara y sus hermanos, señores poderosos en Castilla, promovieron grandes revueltas para apoderarse de la regencia que tan dignamente desempeñaba Berenguela, la que siempre grande y generosa, deseando evitar mayores daños a la patria, la cedió a sus ambiciosos rivales como también la tutela del rey niño, aunque con prudentes restricciones. La conciliadora conducta de la ilustre reina no contentó todavía a los revoltosos Laras que se atrevieron a perseguirla a mano armada, hasta obligarla a encerrarse en Autillo, pequeño lugar cerca de Carrion, con algunos ricos-hombres que la permanecían fieles. Allí fué sitiada, aunque por corto tiempo, por el rey niño que instigado por Lara acometiera tan criminal empresa como volver las armas contra la que fuera para él una madre cariñosa. En el mismo año que tuvieron lugar estos acontecimientos que era el de 1217, murió Enrique I en Palencia, y Berenguela ciñó la corona de Castilla que solo conservó 24 días, pues al cabo de este tiempo abdicó en Valladolid en su hijo San Fernando, el cual dando el valor que merecían a las singulares cualidades que adornaban a su prudentísima madre, siguió siempre sus consejos en materias de gobierno, y cuando marchó a la conquista de Andalucía la dejó encomendada el reino. Retiróse de allí a poco Berenguela al monasterio de las Huelgas de Burgos en donde murió llena de años y de glorias en 1246. En el mismo fué sepultado y permanece hoy día.

Llegamos ya en nuestra narracion a tener que ocuparnos de la mas célebre y mas querida reina que brilló en el trono de Castilla, cuyo nombre es pronunciado siempre con respetuoso entusiasmo por los españoles, pues a él va unido el recuerdo de la época mas gloriosa de nuestra historia, hablamos de la celebrada Isabel I la Católica. Eran sus padres el rey don Juan II y su esposa doña Isabel de Portugal, y fué su nacimiento en Madrigal, el 22 de abril de 1451. Habiendo perdido a su padre en sus primeros años, se retiró con la reina viuda a Arévalo, donde vivieron ambas con bastante escasez para su alta clase, pues el nuevo rey Enrique IV el Impotente, su hermano de padre, no atendía cual era justo a sus necesidades. Isabel resentida de la indigna conducta del imbecil rey de Castilla, se unió con los partidarios de su otro hermano don Alonso, con los que marchó a Avila y donde habiendo muerto este, le ofrecieron la corona que rehusó decididamente. Apaciguadas por fin aquellas turbulencias que agitaran el reino por largo tiempo, fué Isabel jurada por princesa de Asturias en las cortes de los Toros de Guisando, el 19 de setiembre de 1468. Varios reyes poderosos solicitaban la mano de la princesa Isabel; pero esta atendiendo solo al bien de su patria, eligió al príncipe don Fernando heredero de la corona de Aragón, y este enlace en que iba cifrado la futura grandeza y felicidad de España, hubo de verificarse casi de oculto en Valladolid el 18 de octubre de 1469. Fernando, dotó a su esposa con las villas de Borja y Magallon en Aragón; Elche y Grevillen, en Valencia; y Siracusa y Catania, en Sicilia, y ademas con cien mil florines de oro. A la muerte de Enrique IV, acaecida en 1474, fué Isabel proclamada por los segovianos, y a poco por todo el reino, incluyendo a don Fernando en la aclamacion, por lo que reinó, juntamente con su esposa, y fué el quinto de su nombre entre los reyes de Castilla. Apenas sentada Isabel en el trono, se señaló no solo por sus virtudes, sino también por sus particulares talentos y ánimo varonil con que acometió y



llevó á cabo las empresas mas atrevidas. Dió principio á su reinado aquietando con sin igual prudencia, las grandes revueltas promovidas por los partidarios de Juana la Beltraneja, hija de la esposa de Enrique IV, y de su favorito don Beltran de la Cueva, á la que proclamaron por reina con el apoyo de los reyes de Francia y Portugal. Isabel condujo por si misma las tropas contra esta nacion, y derrotó completamente su ejército en la batalla de Toro en 1476, suceso que dió feliz término á aquella guerra. Vacante poco despues el maestrazgo de Santiago, solicitó Isabel y obtuvo del papa su incorporacion á la corona, lo que se verificó tambien mas adelante con los de Calatrava y Alcántara. En 1479, murió don Juan II de Aragon, padre de Fernando, con lo que se unieron á Castilla los reinos de Aragon, Valencia, Mallorca, Cerdeña, Sicilia, y el condado de Barcelona.

El confesor de Isabel, el renombrado Torquemada, empleó toda su influencia con esta para el establecimiento del tribunal de la Inquisicion, y la piadosa reina creyendo por este medio mantener ileso la fé de Cristo accedió á sus instancias en 1481. Este es el único error de que podemos acusarla durante su reinado. Al año siguiente deseosa de arrojar para siempre á los sarracenos de España comenzó personalmente la guerra de Granada, y en 1485 reunió córtes en Madrid con objeto de proporcionarse los recursos que para realizar su pensamiento necesitaba. La guerra continuó, pues, con feliz éxito para las armas cristianas, las que rindieron todos los pueblos del reino granadino, y no bastando los caudales públicos para sostener tan porfiada y prolongada lucha, Isabel siguiendo el noble ejemplo que en ocasiones dieran algunas de sus predecesoras, empeñó sus joyas. A principios de 1491 se puso sitio á la ciudad de Granada, último baluarte de los moros, y la heroica reina se encargó de dirigir por si misma las operaciones de aquel famoso cerco, y habiéndose incendiado el campamento cristiano hizo edificar en su lugar en breves dias una ciudad á la que nombró Santa Fé para quitar á los moros toda esperanza de que pudiera levantarse el sitio. Últimamente Granada capituló el 30 de diciembre, y el 2 de enero de 1492 hizo Isabel su solemne entrada en la rendida ciudad á la cabeza del ejército. En el mismo año armó tres caravelas de su peculio particular, con las que el célebre Cristóbal Colon realizó el pensamiento mas osado, que jamás concibiera otro hombre, de buscar un nuevo mundo, que en efecto encontró, añadiendo este esclarecido timbre al nombre de Isabel. Infatigable en trabajar por la felicidad de sus súbditos, reformó las leyes civiles

y eclesiásticas, reprimió los envejecidos abusos, protegió las ciencias y las artes, y elevó á España al mas alto grado de esplendor á que ninguna nacion llegó jamás. Tuvo la reina católica cinco hijos que fueron Isabel, Juan, Juana, Maria y Catalina. En el mes de julio de 1504, hallándose en Medina del Campo, fué acometida de la enfermedad que la llevó al sepulcro, y su cadáver fué trasladado á la capilla real de la catedral de Granada donde yace (1). Su memoria será eternamente querida y acatada por todos los amantes de las glorias españolas.

La reina propietaria de España que encontramos despues de Isabel la Católica, es su hija doña Juana, apellidada la Loca por la terrible enfermedad que padecia. Nació esta princesa en Toledo el 6 de noviembre de 1479, y á los quince años de su edad contrajo matrimonio con el archiduque Felipe el Hermoso, hijo del emperador de Alemania Maximiliano I, y de la emperatriz Maria, duquesa de Borgoña y condesa de Flandes. Señalóse Juana como buena esposa y tierna madre, y el cielo bendijo su enlace con numerosa sucesion, pues tuvo seis hijos nombrados Leonor, Carlos, Isabel, Fernando, Maria y Catalina. A la muerte de Isabel la Católica ocurrida en 1504, recayó en Juana la corona y se trasladó inmediatamente á España desde Flandes donde se hallaba con su esposo. Entonces se incorporaron á Castilla los estados de Flandes, Bretaña y Bravante que poseía Felipe.

Una aguda calentura que le acometió en Valladolid en 1506, le llevó á la tumba, y Juana que le amaba apasionadamente, no pudo soportar esta desgracia, y perdió enteramente la razon. Retiróse á Tordesillas, y pasó su vida llorando sobre el féretro de su malogrado esposo, al que no permitió se diese sepultura. Fernando el Católico que se hallaba en Italia, fué llamado para gobernar el reino, á nombre de su desventurada hija, la que heredó sus estados á su muerte ocurrida en 1516. El cardenal Cisneros se encargó entonces de la regencia hasta la venida de Carlos I en el año siguiente. Juana conservó el titulo y consideraciones de reina, saliendo los decretos en su nombre hasta su muerte, que acaeció en Tordesillas el once de abril de 1555, cuando ya contaba setenta y seis años. Sus restos fueron conducidos á Granada, donde yacen con los de su esposo y padres.

Esta fué la última muger que reinó en España, hasta Isabel II de Borbon, que ocupa hoy el trono.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA SORPRESA DE AMIENS.

En la tarde del día 11 de mayo de 1897, se hallaban reunidos en la casa alojamiento del gobernador de Doullens, todos los gefes de las tropas que guarnecian la plaza, y muchos de aquellos aguerridos capitanes que en nombre de Felipe II de España, hacian la guerra en los Países Bajos. Haciales obsequiado á todos con un banquete el gobernador de la plaza, el animoso Hernando Tello Portocarrero, concurriendo muy gustosos

todos los antiguos veteranos, no solo por el honor que se les hacia, sino porque atendidas las frugales costumbres del ejército, aquel convite extraordinario no podia menos de ser un pretexto para comunicar algunas nuevas confidenciales ó acordar algún importante designio.

Ya estaban de sobremesa entretenidos con franca alegría en una conversacion amistosa sobre asuntos indiferentes, sin que el gobernador hubiese revelado ningun designio, hasta que uno de los convidados le proporcionó ocasion para ello con la siguiente pregunta.

—Y qué nuevas tenemos de nuestro gobernador general, el archiduque Alberto, á quien Dios mantenga por muchos y felices años?

(1) Véase el 4.º tomo del Museo, página 4.

—No pueden ser mas frescas, contestó Portocarrero, pues hoy mismo he recibido este pliego.

Y al decir estas palabras, sacó del seno y puso sobre la mesa un pliego en cuyo sello estaban estampadas las armas del archiduque.

—¿Y podremos saber cual es la voluntad de su alteza?

—Su alteza manda que vayamos antes hoy que mañana á apoderarnos de Amiens.

Miráronse unos á otros los comensales, sorprendidos no solo con la novedad del mandato, sino con el tono de serenidad con que el gobernador pronunciaba aquellas palabras, ni mas ni menos que si lo que proponía fuera la cosa mas fácil y hacedera del mundo.

—¿Y vos qué decis á eso, señor gobernador?

—Que es preciso cumplir la voluntad de su alteza.

—Capitan Portocarrero, exclamó impaciente uno de los veteranos, ¿sabéis que Amiens es una de las plazas mas importantes y mejor fortificadas de la Francia?

—Lo sé muy bien.

—¿Y que se halla defendida por catorce mil habitantes en disposicion de tomar las armas, y tan resueltos que no han querido fiar á la tropa el cuidado de defender sus casas y posesiones?

Portocarrero contestó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Ahora bien, continuó el otro, los españoles harto será que podamos reunir cinco mil hombres.

—Todo lo sé, dijo Portocarrero, y ningun obstáculo se me oculta de los muchos que pueden ofrecérsenos; pero con la ayuda de Dios todos se han de vencer. Y no hay que ponerme mas reparos, porque si el archiduque aprueba esta empresa, es porque yo se la he propuesto, y si manifiesta tanta confianza, es porque yo le he instruido de cómo podrá ejecutarse.... ¡pero este es mi secreto! A vosotros, señores, no os toca mas que ir á los acantonamientos á preparar las tropas para esta misma noche. Escogedme hasta unos tres mil hombres de los diferentes tercios, y con ellos y unos cuantos ginetes que yo llevaré, todos hombres de cuenta, doy por terminado este negocio. Escusado parece recomendaros el secreto.

Todos conocian el carácter osado y emprendedor de Portocarrero y notorio era su valor casi temerario, pero la empresa era tan arriesgada, que no faltaba allí quien manifestaba alguna desconfianza, por lo que uno de los circunstantes hubo de decirle.

—¿Y contando con que sabremos guardar ese secreto, no nos revelareis al fin, cómo con tan escasos medios pensais apoderaros de la plaza?

—No vale la pena de decirse, contestó sonriendo el gobernador: todo ello está reducido á ejecutar lo que dice un refrán que aprendí allá en mi pueblo desde muchacho, á saber: *mas vale maña que fuerza*.

II

Amiens, ciudad poderosa de Francia, situada á orillas del Somma y á cincuenta y dos leguas de París, es una poblacion notable, por su antigüedad anterior á la invasion de los romanos en las Galias, por haber sido corte de los reyes Francos, y ya capital de provincia, ya condado independiente, hasta su definitiva incorporacion á la corona de Francia en 1463. Desde entonces los monarcas de este reino habian conservado con el mayor esmero aquella joya de sus dominios. En la época de las guerras de los Países Bajos, estendidas al territorio francés, crecia la importancia de Amiens por su escelente posicion militar entre París y el mar por medio del Somma, navegable hasta mas arriba de la ciudad. El enemigo que llegara á apoderarse de Amiens, unico antemural de Francia por aquella parte despues

de la conquista de Calais, podia impunemente, no solo amagar sino inquietar la capital del reino cuando conviniese á sus intentos. Estas circunstancias justificaban el atrevimiento de los españoles, al pasó que hacian vituperable la estremada confianza de los habitantes, que presumiendo demasiado de sus fuerzas, al someterse á Enrique IV abandonando el partido de la Liga, habian puesto la condicion de que ni un solo soldado del ejército habia de entrar en la ciudad, que ellos se comprometian á defender á todo trance y á velar por su conservacion. Lo hicieron sin embargo con tal negligencia, que en la noche del citado dia no sintieron aproximarse á los españoles. Habian salido estos de Dourlens poco despues de anochecido, y caminando siete leguas y media sin descansar, llegaron cerca del alba á vista de Amiens, haciendo alto en una ermita, titulada de la Magdalena, á corta distancia de la ciudad. Allí Portocarrero empezó á tomar sus disposiciones, y despues de haber conferenciado un rato con un sargento español de toda su confianza, llamado Francisco del Arco, le indicó con el dedo una de las compañías que á la vista estaban. Llegóse el sargento al frente de las filas y levantando la voz, dijo:

—¡Diez hombres de valor para una empresa arriesgada!

Inmediatamente abandonaron su puesto varios soldados y rodearon al sargento en número mucho mayor del que necesitaba. Arco escogió al instante diez españoles; pero como entre aquellos voluntarios habia algunos extranjeros, por no desairarlos, escogió tambien á un borgoñon llamado Lacroi y á un milanés llamado Bautista Dognano. En una época en que tan exagerado era á veces el pundonor militar, aconsejaban esta medida, no solo la equidad, sino la buena armonia que se deseaba conservar entre las tropas, compuestas á la sazón de españoles, borgoñones, alemanes, irlandeses y walones.

Siguieron aquellos hombres al sargento Francisco del Arco, sin comprender todavia cual era su designio, pues cuando uno de ellos se atrevió á preguntar:

—¿Adonde vamos, mi sargento?

Este no hizo mas que contestar bruscamente:

—Donde siempre: donde hay trabajos que sufrir y enemigos que vencer.

III.

Abrianse al ser de dia las puertas de Amiens para permitir la salida á las gentes que iban á las labores del campo, y para que entrasen los aldeanos de las inmediaciones, que venian á surtir de viveres la plaza con los frutos de sus heredades. Venian de los primeros tres labriegos conduciendo en la cabeza tres grandes cestos, al parecer llenos de fruta, y á poca distancia y escoltado tambien por gente aldeana, venia un carro cargado de maderos como los que se empleaban en las empalizadas para fortificar la ciudad. Apenas los labradores habian pasado del umbral de la puerta, dió uno de ellos tal tropezon que cayó en tierra echando á rodar el cesto de manzanas que llevaba en la cabeza, y haciendo al caer que su compañero perdiese el equilibrio y diese tambien en tierra con el cesto de nueces que llevaba, de modo que manzanas y nueces se esparramaron revueltas por el suelo á bastante distancia. Este lance no podia menos de divertir en alto grado á los que estaban de guardia en la puerta, así fué que prorumpiendo en estrepitosas carcajadas empezaron á aplaudir irónicamente la torpeza de los aldeanos, y deseosos de evitarles el trabajo de recoger la fruta, se pusieron á cual mas podia á coger por cuenta propia las nueces y las manzanas. Entre tanto habia llegado el carro con los maderos, exactamente debajo del arco de la puerta, y llegándose uno de los fingidos aldeanos, que no era otro mas que el sargento español Francisco del Arco, tocó una clavija dispuesta en el carro de

cierta manera. Luego que estuvo seguro de que el carro no había de pasar de allí, por movimientos que hiciesen los caballos, sacó una pistola y disparándola hacia el campo, gritó á los suyos:

—Ahora, mis valientes ¡Fuego y á ellos!

Inmediatamente los soldados españoles, desabrochando el rústico gabán que los cubría, pusieron mano á dos pistolas que cada uno llevaba en el cinto, y descerrajándolas á quema ropa sobre el primero que se les presentaba de los que guardaban la puerta, disminuyeron razonablemente su número, recibiendo en seguida á cu-

chilladas á los que acudían á vengar la muerte de sus compañeros.

Hallábase entre tanto en la ermita de la Magdalena y al frente de sus ginetes, el animoso Hernando Tello Portocarrero, que con la espada en la mano, empuñadas las bridas, fija la vista en la ciudad y el oído atento á cualquier rumor, fué el primero que vió brillar el fogonazo seguido de la detonación de la pistola.

—Esta es la señal, gritó, adelante caballeros ¡Viva España!

Y todo aquel escuadrón, compacto, brioso, se precipi-



URABIEZA

tó á todo galope hacia las puertas de Amiens, seguido de la infantería que avanzaba con la celeridad posible.

Los centinelas que había sobre la muralla, al sentir el tiroteo bajo sus pies y al aparecer los enemigos en la campiña, conocieron la sorpresa y se apresuraron á bajar el rastrillo; pero este se quedó muy alto, detenido en los palos que el carro llevaba y sin que pudiesen de modo ninguno cerrar la entrada de la ciudad. Por los huecos que resultaban por ambos lados del carro, penetraron los españoles rápidamente, trabándose en el interior una encarnizada lucha, pues la población no daba muestras de rendirse sin resistencia y sin combate. De todas las casas salían prontamente hombres armados que cerraban por todas partes el paso á los españoles, y que ya fuese por la vergüenza que les causaba el haberse dejado sorprender, ya fuese por ser fieles al compromiso que habían contraído de defender sus hogares, peleaban con obstinación. Había ya mas de un centenar de cadáveres por el suelo y no daban muestras de ceder el paso, cuando impaciente Portocarrero porque se dilatase un triunfo que contaba como seguro, y conociendo que á retardarse mas, tendría que pelear cada uno contra diez, dirigió algunas palabras á los suyos, muchos de ellos antiguos vencedores en San Quintín, y haciendo el último esfuerzo, consiguió romper

y desbaratar á los enemigos, huyendo unos á esconderse en el fondo de sus casas y escapando otros, los mas comprometidos, á dar cuenta á su rey.

Grandes fueron el sentimiento y la cólera de Enrique IV de Francia, al saber la pérdida de Amiens y con ella la de todas las ventajas que le había proporcionado su reciente triunfo sobre la Liga, y lo que le era mas sensible, perder el crédito y el prestigio entre sus vasallos. Era indispensable volver á apoderarse á toda costa de un punto tan importante; mas no era esta empresa tan fácil estando guardado por Portocarrero y sus intrépidos soldados, los que ademas podían ser socorridos de un momento á otro por el archiduque.

Las tropas españolas entraron en triunfo por las calles de Amiens á vista de sus consternados habitantes, y tomaron posesión de la ciudad, fijando sus banderas en la muralla donde poco antes tremolaban las de Enrique IV. Portocarrero, gozoso por el éxito feliz de una empresa que él había premeditado, volvió á reunir á sus amigos y á los gefes del ejército, para brindar con ellos á la salud del rey y á la prosperidad de la España.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS MORALES.

LOS DOS MUERTOS.

HISTORIA DEL SIGLO XVII.

CAPITULO I.

¡Cristianos! á quienes la memoria de una gran reina, hija, esposa y madre de reyes, convoca hoy á esta triste ceremonia, este discurso os presentará uno de esos ejemplos terribles que desuelen á los ojos del mundo toda su vanidad. En una sola vida vereis todos los extremos de las cosas humanas: la felicidad sin límites, así como las miserias; una larga y penosa posesión de una de las mas grandes coronas del universo; todo lo que pueden dar de mas glorioso el nacimiento y la grandeza acumulados sobre una frente que se vé en seguida espuesta á todos los ultrajes de la fortuna... una reina fugitiva, que no halló asilo en tres reinos!

BOSSET, oracion fúnebre de madama Enriqueta, Maria de Francia.

La nieve caía con tanta abundancia, que las calles de Amberes, ya tan silenciosas á las nueve de la noche, no dejaban llegar ruido alguno de coches y de pasos, hasta la familia de Rubens, reunida al rededor del hogar para celebrar la Noche Buena. Así es que los niños se habían visto privados, á causa del mal tiempo, de parte de los placeres que les prometían aquellas fiestas, pues su madre, Elena Froment, había declarado que no irían á la catedral á oír la misa del gallo. Los mas jóvenes habían derramado algunas lágrimas; pero como en esta edad se borran pronto las impresiones dolorosas, no tardaron en olvidar sus pesares para construir un magnifico castillo de naipes, en cuya agradable tarea les ayudaba su complaciente madre. El fragil edificio llegaba ya á una altura maravillosa, y Pedro Pablo miraba con ansiedad á su hermana Constanca Albertina que añadía nuevas cartas á las ya felizmente colocadas. Durante este tiempo, Isabel que llevaba á aquella tres años de edad, vestía pomposamente una de esas muñecas cariredondas llamadas entonces *angelotes de Amberes*; en fin, Clara Eugenia que tenía 17 años, estaba acabando de bordar un rico tapiz destinado á cubrir la mesa que servía de bufete á su padre; en medio de esta primorosa labor se destacaban en nudos de oro y sobre un ancho fondo azul las cifras de Rubens y Elena Froment.

Una lámpara de plata y algunas bugías de cera amarilla alumbraban todos aquellos diferentes grupos colocados al rededor de una gran mesa delante de Elena, la cual estaba sentada al lado de la chimenea en un gran sillón, cuyo alto respaldo y ricas molduras parecían formar una especie de trono doméstico. Ella era en efecto la reina de toda aquella familia, sumisa y tierna, y de aquella multitud de criados que á cada instante venían, sombrero en mano, á pedir y recibir sus órdenes. Sin embargo, leíase en su frente, de ordinario tan tranquila, cierta vaga inquietud, y muchas veces consultó no sin impaciencia la

saboneta que llevaba pendiente de la cintura; regalo magnifico de la difunta archiduquesa Isabel, gobernadora de los Países Bajos. Cuando el reloj marcó las diez, Elena no pudo contener ya su emoción, cogió un pito de oro que llevaba á la cintura entre un manojo de llaves, y dió dos ó tres sonidos agudos, á cuyo llamamiento acudió presurosa una dueña.

—Petronila, le dijo Elena, ¿ha vuelto ya mi hijo mayor?

La dueña acostumbraba á disimular y atennar todo lo que podía las ligeras faltas que raras veces cometían los niños, que ella misma había educado y quería como una madre; pero esta vez sorprendida por la evidencia del delito y turbada por el tono severo de Elena, no pudo hacer mas que balbucear una respuesta ininteligible, y que equivalía á una negativa.

—A cualquier hora que venga, le dirás que quiero verle y que necesito hablarle. Veo que se vá acostumbrando á entrar en casa despues de la hora que le prescribo y que se abstiene de asistir á nuestras fiestas. Un joven de su edad, no debe emanciparse así de los deberes de la familia. La sociedad que ante todo debe buscar es la de su madre, hermanas y hermano. A los diez y ocho años no debe todavía olvidarse esto. ¿No basta, añadió mentalmente, que su padre arrastrado por el torbellino de las artes, de los negocios y de los placeres, me escatime el tiempo, consagrándome solamente algunas horas de intimidad? Quiero á lo menos que mi hijo esté á mi lado, para que me consuele, llene este vacío y ahuyente este tedio que experimento lejos de Rubens... pero ahí viene sin duda; oigo ruido en la calle como de ruedas y caballos; en efecto; ha parado un coche: ya abren la portezuela; él es, ¡Rubens! se ha acordado de que le esperaba una fiesta de familia en su casa, y para asistir á ella ha dejado la del gobernador... Levantóse de su sillón llena de alegría para salir á recibir á su marido; pero se detuvo en medio de la sala al ver abrirse las dos hojas de la puerta y presentarse una dama como de setenta años que caminaba apoyada en el brazo de una pequeña criatura contrahecha, alta como un niño de seis á siete años, y á quien seguían dos jóvenes vestidas de negro.

—Os suplico, señora, que disimuleis mi visita á hora tan intempestiva, dijo la desconocida con cierto acento extranjero; pero necesito hablar esta misma noche al señor Rubens, y por eso he insistido en entrar, á pesar de no hallarse en casa.

Elena no podía ver con gusto la llegada de una estrangera á su casa á semejante hora, y cuando su familia estaba reunida para celebrar la Noche Buena; pero reprimió cuanto pudo aquella impresion desagradable é hizo los honores de la casa á la desconocida que mostraba hallarse algo enferma de cansancio y de frio. Esta recibió los obsequios de la muger de Rubens con una indiferencia que rayaba en altivez, y se apoderó del sillón de Elena, aun antes que esta pensara en ofrecérselo, porque en el siglo XVII este asiento, y la izquierda del hogar estaban especialmente destinados á la dueña de la casa, que no los cedia sino muy raras veces, cuando la casualidad traía á su casa la visita de un personage de grande importancia.

La estrangera acercó á sus rodillas al enano que había traído consigo, y dió orden en italiano á las dos jóvenes para que se retiraran con Petronila que las había in-

introducido. Despues atizó el fuego de la chimenea, reanimandose al parecer con su calor.

—¿Qué bien sienta calentarse despues de tres dias de navegacion y de una jornada hecha en coche! ¿no es verdad, Langely? dijo al enano tambien en lengua italiana. ¡Pobre amigo! tus manos están coloradas é hinchadas por el frio. Parece que estás malo; ¿que tienes?

El enano dejó caer lánguidamente su cabeza sobre el hombro de la dama.

—¡Per Cristo! se desmaya. Agua fria, un poco de agua fria, señora. La pobre criatura no ha podido resistir á las fatigas y á los dolores del viage. Pedid socorro, abrid esa ventana. ¡Bendita sea la Virgen Santisima, ya vuelve á abrir los ojos! ¿Qué es eso, Langely, querido mio?

El enano se llevó la mano al estómago y dijo:

—Tengo hambre.

—Si, eso es, la necesidad... señora, ¿lo ois? tiene ganas de comer.... mandad que le den algunos alimentos ligeros. Daos prisa, pues ya veis que está enfermo y va á desmayarse otra vez.

Habituada Elena á las respetuosas atenciones que le tributaban cuantos la rodeaban, no pudo menos de ofenderse del tono imperativo que empleaba con ella la desconocida, y de la manera casi brusca con que disponia de una casa donde se habia introducido sin dar siquiera á conocer su nombre. Habia empero en el gesto, en la mirada y en la voz de aquella muger, un no sé qué de imponente que subyugaba á Elena, á despecho de si misma, y mandó traer cuanto habia pedido la estrangera que habia venido á su casa de una manera tan poco prevista.

El enano probó con cierto aire de indiferencia las conservas que le presentaron, y despues volvió á colocarse sobre las rodillas de la dama donde se durmió profundamente. Preciso fué entonces que Constancia, Albertina y su hermanito Pedro Pablo acabasen en silencio la construccion de su castillo de naipes, porque á la menor exclamacion de sorpresa ó de alegría, les mandaba callar la dama con una mirada ó con un gesto.

Así se pasó la noche, no sin impaciencia por parte de Elena, que disgustada con la presencia de una estrangera en su casa, se irritaba ademas con la ausencia de su hijo y con la hora avanzada que dejaba transcurrir Rubens sin pensar en volver al lado de su muger y de sus hijos. En cuanto á la desconocida, permanecia impasible y se entregaba á una soñolencia, frecuentemente interrumpida por ataques nerviosos, y no salia de este semisueño, sino para informarse de la hora, atizar el fuego y arrellanarse mas cómodamente en el sillón, de que habia despojado á Elena con tan poca ceremonia.

En fin dieron las doce, entonces Elena reunió á su alrededor á sus hijos, tomó un libro de devocion y se puso á leer los versiculos del Evangelio que refieren el nacimiento de Jesus en el pesebre de Belén.

1. Y aconteció en aquellos dias, que se publicó un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo.

2. Este primer empadronamiento fué hecho por Cyrino, gobernador de la Siria.

3. E iban todos á empadronarse cada uno á su ciudad.

4. Y subió tambien José de Galilea de la ciudad de Nazareth, á Judea, á la ciudad de David, que se llama Belén: porque era de la casa y familia de David;

5. Para empadronarse con su esposa Maria, que estaba preñada.

6. Y estando allí, aconteció que se cumplieron los dias en que habia de parir.

7. Y parió á su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo reclinó en un pesebre, porque no habia lugar para ellos en el mesón.

8. Y habia unos pastores en aquella comarca que estaban velando y guardando las velas de la noche sobre su ganado.

9. Y he aqui se puso junto á ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios les cercó de resplandor, y tuvieron grande temor.

10. Y les dijo el ángel: No temáis porque os anuncio un grande gozo que será para todo el pueblo.

11. Que hoy ha nacido el Salvador, que es el Cristo, Señor, en la ciudad de David.

12. Y la señal con que le conoceréis será esta: Hallareis al niño envuelto en pañales y echado en un pesebre.

13. Y súbitamente apareció con el ángel una tropa numerosa de la milicia celestial alabando á Dios y diciendo:

14. ¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!

15. Y aconteció que luego que los ángeles se retiraron de ellos al cielo, los pastores se decian los unos á los otros: Pasemos hasta Belén y veamos eso que ha acontecido, lo cual el Señor nos ha mostrado.

16. Y fueron apresurados y hallaron á Maria y á José y al niño echado en el pesebre.

17. Y cuando esto vieron, entendieron lo que se les habia dicho acerca de aquel niño.

18. Y todos los que lo oyeron se maravillaron; y tambien de lo que les habian referido los pastores.

19. Mas Maria guardaba todas estas cosas, encerrándolas en su corazón.

20. Y se volvieron los pastores glorificando y loando á Dios por todas las cosas, que habian oído y visto, así como les habia sido dicho (1).

Durante esta lectura, Francisco, el hijo mayor de Elena y de Rubens, entró furtivamente y se arrodilló detrás desus hermanas. La estrangera se habia unido á este grupo y mezclaba sus plegarias con las de la familia.

Cuando Elena concluyó la lectura, cerró su libro y tomó de manos de Petronila que estaba de pie detras de ella, una bandeja de plata llena de juguetes, en medio de los cuales habia una figurita de barro que representaba al niño Jesus. Dió á cada uno desus hijos uno de aquellos juguetes, y el enano, sostenido en los brazos de la dama italiana, alargó la mano para recibir como los demas su parte en aquella distribucion.

Elena tuvo que ceder tambien á esta petición indiscreta que no respetaba siquiera los misterios de la familia, si bien con marcado disgusto, dirigiendo con mas severidad la palabra á su hijo mayor, al presentarse delante de ella.

—Sin duda, le dijo, ha querido Dios traer á esta casa un estrangero para que reciba tu parte de regalo de Navidad, pues no eres digno de él, tú que prefieres sentarte á la mesa de los demas á esperar al lado de tu madre, de tus hermanas y de tu hermano la hora aniversaria del nacimiento de Cristo. Retírate á tu aposento; eres el único de mis hijos que no recibirá hoy antes de dormirse, el beso de su madre.

Al oír Francisco esta amenaza, no pudo contener sus lágrimas.

—¡Oh! perdonadme, exclamó, perdonadme, madre mia! Por piedad, revocad un castigo que seria demasiado severo! Confieso que soy culpable; pero salga de vuestros labios una palabra de perdon y no empiece para mí la fiesta de Navidad con el castigo mas cruel que puedo experimentar.

Elena volvió la cabeza y no contestó.

—Madre mia, replicó el joven arrodillandose.

Elena dió un paso para alejarse.

—Madre mia, madre mia, perdona á Francisco, exclamaron los demás niños rodeando á Elena é intercediendo por su hermano.

Esta hizo un gesto imperioso, y los niños guardaron un silencio respetuoso y triste.

Compadeciéndose la estrangera del dolor de Francisco, que continuaba arrodillado y cuyas mejillas estaban bañadas en lágrimas, le dijo con acento cariñoso:

—Hijo mio, no os desconsoléis así; vuestra madre va á perdonaros; yo se lo suplico.

—Señora, contestó Elena, no me pidáis eso, porque me veré obligada á desairaros. Cuando tomo una resolución respecto á cualquiera de mis hijos, es porque he meditado maduramente las consecuencias y con la firme resolución de perseverar en ella.

—¿Cómo! ¿Poleis resistir al arrepentimiento de vuestro hijo que os tiende los brazos y os pide perdon?....

—Ha cometido una falta, y es preciso que sufra sus consecuencias.

(1) Evangelio de San Lucas, cap. 2.

—¡Ay! exclamó la extranjera, también tengo yo un hijo, un hijo que acibara mis días con cuanto de mas amargo puede tener la vida de una madre; me ha lanzado fuera de sí, me deja morir en el destierro, se niega á leer las cartas que le escribo en mi desesperación.... ¡Seguramente es muy culpable! pero si me tendiera los brazos, si me gritase: «Ven, madre mía!...» lo olvidaría todo, le perdonaría y sería tan feliz como puede serlo una madre! Perdonad, pues, á vuestro hijo, señora, puesto que está arrepentido.

En este momento entró Rubens en el salon. Apenas vió á la extranjera, corrió hacia ella, se quitó el sombrero, é hincó una rodilla en tierra, exclamando:

—¡Vuestra magestad en mi casa!

—Si, mi muy amado Rubens; Maria de Médicis, reina de Francia y de Navarra, viuda del rey Enrique IV, madre del rey Luis XIII, y suegra de tres reyes, viene á vuestra casa á pedirlos....

—¡Hable vuestra magestad! Mi fortuna, mi vida están á sus pies.

—En primer lugar, d'ijo volviéndose risueñamente hacia Elena sorprendida y confusa, pediré á vuestra esposa el perdon de ese jóven, y la suplico que le abrace en mi presencia. Sería demasiado cruel que pagase una falta ligera con el pesar de dormirse sin un ósculo de su madre.

Francisco se echó en los brazos de Elena, y esta le estrechó tiernamente contra su corazon.

—En seguida, continuó la reina, os pediré para mi, para mi enano Langely y para las dos únicas mugeres que han quedado á mi servicio, asilo y pan por espacio de algunos días.

—Vuestra magestad puede disponer de cuanto poseo.

—También necesitare de vos para otros servicios importantes, mi noble Rubens. Pedidle á Dios que pueda realizar mis proyectos, y no quedará incompleta nuestra galeria de Luxemburgo. Pero la noche está muy avanzada y una pobre viajera como yo, necesita descansar. Buenas noches, hasta mañana.

Y se retiró llevándose de la mano á Langely, y precedida por Elena que la condujo á su propia habitacion; en seguida fué esta á buscar á Rubens, y despues de haber hecho acostar á los niños, aturdidos de ver entre ellos á una reina, ambos se retiraron á otra alcoba, no sin hablar con asombro de la singular aventura que confiaba á su hospitalidad á la viuda de Enrique IV.

CAPITULO II.

La extraordinaria habilidad de Rubens en la pintura, no le valió solamente la estimacion de los soberanos de Europa. Dotado de un talento penetrante y reflexivo, y habiendo viajado mucho y visitado diferentes cortes de Europa, pudo adquirir un conocimiento muy extenso de la política y de los intereses de los principes. La infanta Isabel, en algunas conferencias que tuvo con él sobre la situacion de los Países Bajos, conoció que era muy á propósito para el designio que tenia de comunicar al rey de España el estado presente del gobierno de Brabante... El rey de España por consejo del duque de Olivares, que hizo entender á este principe cuan á propósito era Rubens para proponer al rey de Inglaterra condiciones pacíficas, le confió esta comision delicada... Sabido es que la reina Maria de Médicis, que se habia retirado á Bruselas, le confió varias negociaciones cerca de la corte de Francia.

DECAMPS, *Vidas de los pintores flamencos, alemanes y holandeses. T. I.*

Elena estaba muy disgustada de no haber reconocido en la extranjera, que habia llegado la víspera á su casa, de

TOMO V.

un modo tan inesperado, á la reina Maria de Médicis; así es que resolvió reparar con la ostentacion de su hospitalidad la mezquina acogida que diera á la que habia tenido por una aventurera; pusieronse, pues, en movimiento todos los criados, bajo la direccion de Petronila, ayudante de campo que recibia y transmitia las órdenes de Elena; pero la misma Maria de Médicis vino á poner un freno á tanto entusiasmo.

—Yo no soy mas que una pobre desterrada sin auxilio; hace mucho tiempo que me he acostumbrado á toda clase de privaciones; mi lujo y mis instantes de felicidad consisten en dormir tranquilamente en una buena cama, como lo he hecho anoche, y verme rodeada de amigos y no temer ni el hierro ni el veneno. Todo esto lo he encontrado en vuestra casa, noble esposa de Rubens; Dios os bendiga por ello. Pero si queréis complacerme, os suplico que no hagais nada que pueda descubrir mi presencia en vuestra casa; porque si los espías del cardenal de Richelieu supieran que estaba aquí, redoblarían su vigilancia y me tenderían tal vez sus infames lazos. Concededme un puesto en vuestra mesa y una habitacion en vuestra casa, y que mi nombre no sea conocido mas que de vos y de vuestra familia.

Mientras así hablaba Maria de Médicis, se puso á contemplarla Elena con mucha atencion, no pudiendo menos de sentir un dolor profundo al ver los estragos que en aquella augusta frente habian hecho la edad y la desgracia. Frisaba Maria en los sesenta años; pero las arrugas de su rostro, sus cabellos enteramente blancos, su cuerpo encorbado y cierta extraña palidez que daba á su mirada de fuego una espresion casi siniestra la hacian aparecer mucho mas vieja. Por lo demas soportaba sus infortunios con dignidad, y todos olvidaban al verla las faltas que hubiera podido cometer, para no acordarse mas que de su alto rango y de la indigna miseria en que arrastraba su vida.

Rubens que entró en la sala, mientras la reina hablaba á Elena, no pudo contener sus lágrimas; cuando Maria de Médicis se volvió á él para cogerle la mano y decirle:

—¿Conque mi desgracia no ha amortiguado en vuestro corazon el afecto que siempre me habeis profesado?

—Jamás he sido ingrato, señora, respondió Rubens.

—Y porque estoy convencida de ello, vengo á pedir vuestros servicios, mi generoso pintor. Escuchadme, Rubens; mi hijo, el rey de Francia, me ama, y porque el cardenal de Richelieu teme á este amor y sabe la influencia que ejercería yo en el ánimo de mi hijo, si le viera solamente una hora, me retiene en el destierro lejos de la Francia y de la corte. Muchas veces he escrito al rey.... pero jamás han llegado mis cartas á sus manos, porque Richelieu las ha interceptado siempre. Así no es extraño que Luis XIII crea que su madre, consultando solo una culpable animosidad, no guarda un resto de ternura para el hijo que se ha olvidado de sus deberes para con ella... ignora mis lágrimas y mi pobreza.... acaso me supone muy tranquila al lado de mi yerno, Carlos I, el rey de Inglaterra, cuya corona y vida se ven amenazadas por su pueblo amotinado.... no sabe qué he tenido que huir de aquel país dejando en él los miserables restos de mi fortuna; no sabe qué sin vos, Rubens, no tendría su madre ni un triste lecho donde reposar su cabeza. Escuchadme, mi fiel servidor, es menester que sepa todo esto por una boca leal y amiga, por un hombre que nada tenga que temer ni desear del cardenal de Richelieu. Protegido por la fama de vuestro nombre y de vuestro talento, podeis intentar otra empresa, Rubens. El cardenal mismo no se atreverá á poner en duda una palabra de vuestros labios; el respeto que inspira vuestro caracter abrirá los ojos al rey y reducirá á mi enemigo á la impotencia. Tomad esta carta para mi hijo.... Rubens, encargaos de ella.... y Dios os conduzca y proteja!

—Los menores descos de V. M. son órdenes para mi.

Mañana partiré para París y entregaré vuestra carta al rey Luis XIII.

—Y estoy segura de que desempeñaréis con acierto y buena fortuna vuestro cometido, y María de Médicis volverá a Francia. Entonces empezará una lucha encarnizada, una lucha a muerte entre el cardenal y yo. Desgraciado de él, porque ahogará a ese despota que no sabe hacer otra cosa que derribar cabezas y desterrar madres; yo recobraré mi imperio sobre el ánimo de Luis; yo volveré a ser reina de Francia. ¡Oh! ¡Rubens, una voz secreta me dice que todavía puedo esperar días de gloria,

que volveré a verme rodeada de toda la nobleza y de todos los artistas célebres de la Francia! ¿No es verdad que no ha habido una corte mas gloriosa que la mía, cuando regenta del reino de Francia, dirigía con un solo movimiento de cabeza los trabajos de Felipe de Champagne, del arquitecto de Brose, y los vuestros también, Rubens? ¿Cuándo a mi voz se levantaba el palacio de Luxemburgo? Cada día producía un edificio nuevo, un ornato mas dado a la ciudad de París: el Cours-la-Reine, ese magnífico paseo; el acueducto de Arcueil, el monasterio de Carmelitas y la casa de las religiosas de Calvario, todo eso,



ACUEDUCTO DE ARCEUIL.

Rubens, es obra mía. ¿Pero qué suponen estos trabajos comparados con los que quería hacer? Yo realizaré las ideas que tengo aquí, Rubens; quedan todavía muchas y hermosas páginas que añadir a las en que habeis pintado mi historia (1). Que mi hijo consienta en verme y

(1) Saludo es que Rubens ejecutó para el palacio de Luxemburgo la colección de cuadros que se ve hoy en el Louvre y que forma en su conjunto la historia de la reina María de Médicis. Estos cuadros, en número de 24 representan: 1.º El destino de María de Médicis. 2.º Su nacimiento en Florencia, el 26 de abril de 1573. 3.º Su educación. 4.º Enrique IV recibe el retrato de María de Médicis. 5.º El gran duque se casa por poderes con la princesa su sobrina en nombre del rey. 6.º Desembarco de la reina en el puerto de Marsella. 7.º Casamiento de Enrique IV y de María de Médicis celebrado en Lyon el 9 de diciembre de 1600. 8.º Nacimiento de Luis XIII en Fontainebleau el 27 de setiembre de 1601. 9.º Enrique IV parte para la guerra de Alemania y confía a la reina el gobierno del reino. 10.º Coronación de María de Médicis. 11.º Apoteosis de Enrique IV y regencia de María de Médicis. 12.º Gobierno de la reina. 13.º Viage de María de Médicis a

María de Médicis volverá a ser la gran reina de una gran nación.

—Todo se hará según los deseos de vuestra magestad.

—Marchad, pues, y Dios os guíe. Entretanto quedará aquí llena de zozobra, esperando vuestro regreso y las felices nuevas de que será señal. Vuestra esposa y vuestros hijos me harán menos penosas las angustias que me agitarán hasta entonces.... Pero ¿qué ruido de caballo es ese que oigo en el patio? miremos por esta ventana.... ¡Hola! Esa es la librea del gobernador de los Países Bajos.

Pont de Cé. 14.º Cange de la princesa Isabel de Borbon que debe casar con Felipe IV, y de Ana de Austria destinada a Luis XIII. 15.º Felicidad de la regencia. 16.º Mayoría de Luis XIII. 17.º La reina se escapa del castillo de Blois, donde la había relegado su hijo por consejo de los cortesanos. 18.º Reconciliación de la reina y de su hijo. 19.º Conclusion de la paz. 20.º Entrevista de María de Médicis y de su hijo. 24.º El tiempo hace triunfar la verdad. Los otros tres cuadros son: un retrato de la reina bajo los atributos de Belona, el gran duque y la gran duquesa de Toscana, Francisco de Médicis, y Juana de Austria, padre y madre de la reina.

Sin duda ese correo me trae algun mensaje de su amo.

El correo se apeó del caballo y se hizo introducir inmediatamente á presencia de la reina, á la cual, según decia, tenia que entregar una carta en propia mano. Esta carta estaba concebida en los siguientes terminos:

«Señora.»

«Tenemos el honor de anunciar á V. M. que la ciudad de Amberes no puede ofrecerla un asilo conveniente, y que sería mejor para V. M. habitar la ciudad de Colonia.

«Quedamos rogando á Dios que tenga á V. M. en su santa guarda.

El gobernador de los Países-Bajos.

FRANCISCO DE MELO.»

—¡Cobarde! exclamó Maria de Médicis, doblas la cerviz al cardenal de Richelieu. La hora de las represalias no está distante.... ¡Oh! yo me acordaré de este último insulto!... ya lo veis, Rubens, no me quedan mas esperanzas que vos. Partid al punto y asegurad el logro de nuestros proyectos; porque la reina de Francia, os lo confiesa con rubor, si se pasa un mes tendrá que vender su último diamante y se verá en la necesidad de pedir limosna ó de morir de hambre.

—Puesto que se designa á V. M. por residencia la ciudad de Colonia, me atrevo á suplicarla que acepte una casa que poseo en aquella ciudad; mi hijo Francisco partirá esta tarde con V. M. y la pondrá en posesion de mi modesta casa.

—Acepto de buen grado. Vamos, amigo mio, sois el caballero de una vieja reina sin asilo. Vais á abandonar los ojos azules y los cabellos rubios que os hacen olvidar la cena de Navidad y os cuestan reconvenciones de vuestra madre. No os avergonceis por eso; durante nuestro viage quiero que me confieis vuestros secretos, y por poco que sea el poder que me quede, acaso tendré bastante para lograr que favorezcan vuestros amores aquellas personas á quienes no os habeis atrevido á confesar una pasión que yo he adivinado desde el primer golpe de vista. ¿Qué quereis? de algo me ha de servir ser italiana y vieja.

Algunas horas despues partieron dos coches de la casa de Rubens.

El uno conducia con direccion á Colonia á Maria de Médicis, á sus dos camaristas, á Langely y á Francisco Rubens, á quien su padre habia dado una suma de oro bastante considerable para sufragar los gastos de la reina.

En el segundo iba Rubens y tomó el camino de Paris.

CAPITULO III.

Perditi sunt filii mei.
Manum suam misit hostis ad omnia desiderabilia ejus.
Poluit regnum et principes ejus.
Recedite á me, amare flebo, nolite incubere ut consolemini me.
Foris interficit gladius et domi mors simili est.

JEREMIAS lamentaciones.

Mis hijos están perdidos.
El cruel ha puesto su mano sacrilega sobre lo que me era mas querido.
Ha manchado el reino y á los principes.
Dejadme, yo lloraré amargamente, no tratéis de consolarme.
La espada hirió fuera, pero siento dentro de mí la muerte.

JEREMIAS lamentaciones.

No era la primera vez que se veia Rubens honrado con misiones importantes cerca de algun poderoso monarca, bajo pretexto de viages artisticos. Sabido es que la princesa Isabel, gobernadora de los Países Bajos, le habia ya enviado á Madrid cerca del rey de España Felipe

IV, y despues cerca del rey de Inglaterra Carlos I para ajustar un tratado de paz entre estos dos soberanos. Rubens habia desempeñado con tal acierto su delicada comision, que el primero de estos monarcas mandó expedirle las credenciales de secretario privado del consejo de la archiduquesa Isabel y le dió la llave de oro, y el segundo le pombró caballero de sus órdenes en pleno parlamento, sin embargo de que el uso era hacer esta ceremonia en una sala del palacio de White-Hall.

Llegó, pues, Rubens á Paris, con el objeto aparente de pintar el retrato del baron de Vicq, su amigo, embajador de los Países Bajos en la corte de Francia. Apenas se supo que se habia apeado el artista en casa del señor flamenco, cuando todos se apresuraron á ir á ver al gran pintor y al diplomático que habia dejado tan brillantes recuerdos en la larga estancia que habia hecho en Luxemburgo veinte años antes. El mismo Luis XIII manifestó deseo de recibir á Rubens, y escusado es decir, que este no se hizo de rogar mucho y se apresuró á ir á ver al monarca.

Nada habia cambiado la edad en la noble figura de Rubens: sus grandes facciones, llenas de dulzura y de fuego, su ancha y poética frente, guardaban todavia toda la pureza y energia de la juventud, y solo algunas tintas blancas que se mezclaban á los tonos vigorosos de su barba y cabellos negros, le daban una vaga semejanza con el retrato que ha dejado del rey Enrique IV. Rubens no contaba sin embargo menos de 65 años. En Luis XIII por el contrario todo anunciaba una vejez anticipada, producida por algun mal misterioso, contra el cual se estrellaba la ciencia de la medicina.

Pálido, encorbado y vacilante, parecia llevar con fatiga su jubon de terciopelo. Espesas cortinas cerraban cuidadosamente las ventanas, á fin de dejar llegar solamente á sus débiles ojos una media luz que rayaba casi en oscuridad. Rodeábanle mil precauciones para alejar de sus oídos hasta los rumores mas ligeros; no solamente daban sus habitaciones á un patio del Louvre donde no penetraban jamás ni carruages ni hombres, sino que alfombras rehenchidas de lana, á ormecian desde los primeros peldaños de la escalera, los pasos del escaso número de personas admitidas á presencia del monarca. En cuanto á los lacayos y pages encargados del servicio, no circulaban por esta parte de la habitacion real sino con una especie de calzado forrado.

Rubens sintió oprimirse el corazon dolorosamente al ver estas precauciones humillantes que transformaban la morada del hijo de Enrique IV en un sepulcro obscuro y mudo, ante el cual hubiera retrocedido lleno de espanto el súbdito mas pobre del reino; pero su emoción se acrecentó mucho mas cuando oyó la voz aguda y seca del monarca que le dirigia la palabra. No habia en ella nada de la verbosidad vigorosa del bearnés, ni aun siquiera de los acentos ordinarios de un hombre, pues se asemejaba solamente al tartamudeo mezquino y ehillon de una vieja. Conoció desde luego los tristes efectos de la falta de una educacion sólida, y del envilecimiento á que le habia reducido la autoridad despótica que habian ejercido sobre él alternativamente Maria de Médicis y el cardenal de Richelieu. Luis XIII, en una palabra, estaba dotado de una naturaleza débil, inhábil para conducirse, y que se sublevaba contra los que la conducian, obrando en esto como los niños que se irritan contra sus niñeras y lanzan gritos de espanto, si se separan de ellos por un instante. De diferentes maneras explicaban las gentes semejante debilidad de cuerpo y de espíritu, en un hijo del energético bearnés Enrique IV, y de la fogosa italiana Maria de Médicis. La version mas generalmente acreditada suponía que durante las revueltas de la minoría de Luis XIII, habian echado veneno en sus alimentos, y que si bien se habia logrado salvar su vida, no se habia podido evitar la languidez y el enervamiento producidos por el tósigo fa-

tal: semejantes esplicaciones hacia verosimiles la palidez lívida del rey, cuyos miembros agitaba casi siempre un temblor convulsivo, y el cual no podia permanecer largo tiempo ni sentado ni de pie; en fin habia en el fondo de su mirada, unas veces empañada y otras brillante con el fuego de la fiebre, cierta cosa que manifestaba que aquella inquietud perpetua no respetaba mas su espíritu que su cuerpo, y que agitaba á uno y otro con las mismas irregularidades y con los mismos sobresaltos.

Cuando introdujeron á Rubens á presencia del rey, se hallaba este tendido sobre un sofá de color oscuro; apenas vió al pintor, se levantó precipitadamente y corrió

hacia él, con la ansiedad de un hombre abrumado de tedio y á quien se presenta un objeto fortuito de distraccion.

—¡Salud al gran artista! ¡salud al rey de los pintores! Bien venido sea á presencia de un rey cuya corona de oro es muy pesada, y oculta una dolorosa corona de espinas.

Y llevándole despues á una ventana cuya cortina entreabrió se puso á contemplarlo sin envidia las facciones vigorosas y robustas del anciano.

—El tiempo no os ha cambiado, dijo con tristeza; pareceis mi hermano menor al paso que yo.... miradme bien; mi frente se despoja y se arruga, mis ojos se hundien y mis fuerzas languidecen; pero ¿cómo puede la



ANA DE AUSTRIA.

edad hacer estragos en vos, á quien rodean con sus prestigios mas encantadores, la gloria, el talento y la fortuna?

—Señor, respondió Rubens, no es eso, preciso es confesaroslo, lo que me proporciona una existencia dulce y una vejez venturosa. Si los cuidados no arrugan mi frente, si soporto alegremente el peso de mis años, no lo debo á la gloria, sino á la felicidad doméstica que me da reposo y bien estar. Si señor, mi esposa, mis hijos y mi madre, mi buena y santa madre! (mientras que plugo á Dios dejarla en este mundo á mi lado) he aquí, os lo juro por la salvacion de mi alma, lo que me ha hecho la vida ligera! He aquí lo que me hace bendecir cada dia de los

que la Providencia se digna otorgarme! ¡He aquí lo que me hace levantar todos los dias con gratitud mis manos hacia el cielo!

Diciendo esto el piadoso flamenco apoyó su mano sobre su corazon y dejó caer una lágrima.

—Callad, maestro, callad, Rubens; no me hableis de familia.... En primer lugar un rey no tiene esposa. La que se llama reina de Francia, Ana de Austria, no teme entrar contra mí en la conspiracion de Chalais! La estrangera no ha podido jamás hacerse francesa.

—¿Pero, señor, no sabéis que la calumnia solo acusa á la reina?

—¡La calumnia! ¡ah, pobre flamenco, qué cándido sois

con vuestras ideas de las márgenes del Escalda! ¿Conque no sabéis que no se puede calumniar á ninguno de la corte; que por mucho mal que se diga de él, jamás sobrepasará á la verdad? Hasta los mismos niños son aquí unos pequeños monstruos. ¿Sabéis lo que decía ayer mi hijo, un niño de cuatro años, jugando sobre mis rodillas? Señor, merios pronto para que me llame Luis XIV.... Por lo que hace á mi hermano no le falta mas que la fuerza necesaria para destronarme, no se fragua conspiracion contra mí en que no tome parte; pero come siempre lleva á ellas su mala suerte y su debilidad ordinaria, todas se frustran, y quedamos en paz y corrientes, él jurándome que no hará mas necesidades y yo perdonándoselas, sin perjuicio de volver á empezar algunos meses despues.

—¿Pero vuestra madre, señor, vuestra madre!

—¿Mi madre?... sí, la quería tiernamente; la amo todavía, Rubens. Ahora mismo, cuando vuestros ojos se llenaron de lágrimas al recuerdo de la que os dió el ser, el mismo recuerdo humedecía tambien mis párpados.... ¿Pero por ventura mi madre no es mi enemiga mas encarnizada? ¿No me ha hecho siempre la guerra? Primeramente, en Francia con conspiraciones, resistencias y hasta con batallas en que corría la sangre de mi pobre pueblo; hoy en el extranjero con calumnias contra mi persona, con alianzas, con mis enemigos y con instigaciones para que me declaren la guerra.... ¿Ha intentado siquiera una sola vez reconciliarse conmigo? ¿Me ha dirigido una sola carta? En este mismo momento está intrigando en la corte de los Países Bajos para romper la tregua y hacer abortar las negociaciones que deben dar la paz por resultado.

—Señor, os han engañado, os han engañado infamemente, os lo juro por mi honor. ¡Hace nueve años que vuestra madre proscripta y fugitiva os tiende sus manos suplicantes, pidiendoos misericordia. Hace nueve años que no se pasa un mes, sin que os dirija alguna carta que vuestros ministros interceptan sin duda, puesto que jamás llegan á vuestras manos. En fin, señor, aquí traigo una que S. M. la reina madre ha escrito en mi casa, donde ha ido á pedir asilo, sola, sin recursos, sin pan.... y sin embargo una orden de don Francisco Melo, gobernador de los Países Bajos, acaba de espulsarla de su asilo para obligarla á que se refugie en Colonia. He aquí, señor, de que modo conspira contra vos la reina madre; ¡he aquí, de que modo ha olvidado á su hijo y sofocarlo toda ternura para él!

Luis XIII escuchaba las palabras de Rubens con un estupor que parecia alhelamiento.

—¡Madre mia, pobre madre mia! exclamó al fin,

—Y ni una reconvenccion sale de su boca contra vos, ni se mezcla á sus quejas. «Hijo mio! hijomio! quiero volver á ver á mi hijo, quiero abrazarle!» He aquí todo lo que pide y todo lo que implora; dignese V. M. tomar esta carta y leerla.

Luis XIII recibió la carta y la llevó respetuosamente á sus labios con una emocion profunda; despues la leyó, pero pronto sus lágrimas le impidieron continuar.

—¡Madre mia! exclamó sollozando,

En seguida se enjugó los ojos, volvió á continuar la lectura y sus lágrimas corrieron de nuevo.

«Señor, le escribia la reina, hace ya muchos años que gimo lejos de vuestra querida presencia, y que os pido misericordia sin obtener siquiera de vos una sola carta por respuesta. Dios y la Santísima Virgen son testigos, de que no siento tanto el destierro, la pobreza y la humillacion, como el vivir separada y distante de mi hijo. Entre tanto me hago vieja, y cada dia que pasa aproxima la hora de mi muerte. Así, pues, señor, ¿no sería una cosa cruel y contraria á la naturaleza que una madre muera, sin haber visto otra vez á su hijo amado, sin haber oido de sus labios una palabra de consuelo, sin

haber obtenido su perdon, por los agravios que hubiese podido hacerle involuntariamente? No os pido, señor, volver á Francia como reina poderosa; si vuestra voluntad lo exige, no me presentare siquiera en la corte y acabaré mi vida en la mas miserable aldea que tengais á bien designarme; pero por Dios y por todos los santos os suplico que no muera fuera del reino de Francia y que no permitais que arrastre por mas tiempo mi dolor y mi miseria de pueblo en pueblo extranjero. Porque sin duda ignorais, señor, que la viuda del rey Enrique IV y la madre del rey de Francia y de Navarra, Luis XIII, se va á ver pronto sin un techo que la sirva de abrigo y sin un pedazo de pan para alimentarse; ignorais tambien que si llega la hora de mi muerte, no habrá nadie que cierre mis ojos y diga: «este es el cuerpo de Maria de Médicis.» Compadeceos de mí, señor, y recibid, cualquiera que sea vuestra decision, las bendiciones de vuestra madre.

«En la ciudad de Colonia á 9 de junio del año de nuestra salvacion MDCLII.»

Yo la reina madre.

MARIA.

La agitacion del rey habia llegado á su colmo.

—Maestro Rubens, es necesario que la reina mi madre se halle en París dentro de cuatro dias; quiero estrecharla en mis brazos; quiero pedirla perdon; quiero que ya no vuelva á separarse de mi lado. Si, tenéis razon, hace mucho tiempo que podría pasar mi vida tranquila y recobrar mi salud, si buscara el reposo en el seno de mi familia, si estuviera mi madre á mi lado. ¿No hay una madre mas tierna ni mas cariñosa que la mía! ¿Jamás me ha faltado su ternura! He seguido fatales y péfidos consejos al alejarla de mi lado..... que vuelva; quiero recobrar á su lado mi libertad de espíritu y mi salud! ¡Solo con esta buena idea me siento ya mejor!

—¿Su eminencia el cardenal de Richelieu! anunció uno de los pages que guardaban en el exterior la mampara de la habitacion.

El ministro entró casi al mismo tiempo, y apenas pisó el umbral de la régia cámara, su mirada viva y rápida se dirigió alternativamente á Luis XIII, á la carta que tenia en la mano y á Rubens. Esta rápida ojeada le bastó para comprender todo lo que pasaba, y por mas que semejante incidente le causase grande embarazo, su fecunda imaginacion habia ya obviado todas las dificultades, cuando se inclinó respetuosamente delante del monarca.

—Señor, le dijo, mostrando una emocion casi igual á la del rey, acabo de recibir muy malas nuevas que me apresuro á venir á comunicaroslas para el oportuno remedio. Os hablo delante del maestro Rubens, quien sin duda viene de los Países Bajos y podrá deciros si semejantes desgracias son verdaderas. Me escriben que su magestad Cristianísima, la reina madre, que salió de Inglaterra, se halla en Colonia, despues de haberla obligado á dejar á Bruselas una orden de don Francisco Melo. Si es así, no entreis en acomodamientos con los cobardes que faltan al respeto á la madre del rey cristianísimo. Guerra á ellos, señor!

—¿Mi bueno y digno cardenal! exclamó el rey sorprendido de oír hablar así al cardenal, y reponiéndose un tanto de la palidez y de la emocion que le habia causado la llegada inesperada de su ministro.

—Si la reina madre ha dejado la Inglaterra es necesario que encuentre un lugar mas digno, un asilo honroso y que se sustraiga inmediatamente á la inhospitalidad de esos brutos de flamencos y de esos arrogantes españoles.

—¿Si sí, bien hablado!

—Si carece de recursos, es necesario que se rodee de un lujo enteramente régio. Es reina de Francia y lleva el nombre de Médicis; con este doble titulo debe ser la pro-

teadora de las artes. ¿No es esta vuestra opinion, maestro Rubens?

—Su magestad Cristianísima, la reina madre, pide mucho menos; pues le bastaría volver a ver a su hijo.

—Y le verá pronto, mas pronto de lo que espera. Este es, os lo confieso, el objeto secreto de todos mis pensamientos y esfuerzos; pero por desgracia no es cosa tan fácil como parece, é intentarlo imprudentemente causaría fatales resultados. Hay finestas apariencias que condenan a la reina, y nada ha podido todavía borrarlas en la opinion popular. Nadie mas que yo está convencido de su inocencia; pero el vulgo repite que no está exenta de toda participacion en el asesinato del rey Enrique IV; y que el veneno del infame Concini no ha respetado siquiera al hijo de la reina, al rey de Francia.

Rubens hizo un gesto de indignacion y de cólera.

—Los corazones nobles como el vuestro y el mio, maestro Rubens, saben a que atenerse sobre semejantes mentiras; al fin y al cabo se puede arrostrar la opinion del populacho; gritará viva el rey algo menos fuerte y nada mas; pero los grandes señores son menos contentadizos. Muchos de ellos están altamente comprometidos por haber prestado servicios al rey, contra S. M. la reina madre; y no podrán menos de ver en el regreso de la reina un motivo de terror y de desconfianza, porque ha jurado vengarse de ellos; y sabido es que S. M. cumple religiosamente sus juramentos. Los otros por el contrario aprovecharán este regreso para lanzarse de nuevo en la rebelion; porque la mano firme del rey que los sustenta es ya pesada para ellos, y sin querer consideran a la reina como causa de mil tentativas culpables, con tanto mas motivo cuanto que monseñor Gaston, hermano del



GASTON DE ORLEANS.

rey, acaba de entregarme una carta de S. M. la reina madre que ha recibido esta mañana y que le revela los motivos de la llegada del maestro Rubens a Paris. He aquí lo que añade:

«Vuestro hermano, hijo mio, escuchará a su madre cuando la vea, y me encargo de consolar todos vuestros pesares y de obtener de él para vos todos los favores que os niega ahora.... ó mas bien que su cardenal os niega,» añadía la carta; pero Richelieu suprimió esta frase.

—Si, esta es la letra de mi madre, dijo el rey con despecho, tomando el papel de las manos del cardenal y estrujándolo fuertemente en las suyas.

—Imprudente princesa! suspiró Rubens, acaba de destruir todo lo que yo habia hecho por ella.

—Y bien ¿qué dices a esto, mi hábil pintor?

—Digo, monseñor, que S. M. la reina, madre del rey, no tiene mas asilo en Colonia que mi pobre casa.

—Pues bien; S. M. le da un soberbio palacio en Flo-

rencia y suficiente renta para sostener el triple brillo de los nombres que lleva. Todas las deudas que ha contraído, serán pagadas.

—Si, tal es nuestra voluntad, dijo el rey alejándose.

—¿Conque morirá sin ver a su hijo, señor? exclamó Rubens dolorosamente.

El rey palideció y volvió atras.

—En nombre de la Virgen Santísima, señora, compadeceos de la que os ha llevado en su seno; permitid que os vea un día, una hora, un momento.

—Maestro Rubens, dijo el cardenal con una mirada terrible, ¿con qué derecho venís a oponeros a la voluntad del rey?

—Cardenal de Richelieu, ¿con qué derecho venís a oponeros a la última voluntad de una madre que se halla al borde del sepulcro!

—Tened cuenta con lo que decís, añadió el ministro

mordiéndose los labios con tal furor que se hizo sangre en ellos.

Rubens se sonrió con desden, y volviéndose al rey le dijo:

—Puesto que V. M. lo quiere así, no llevaré a vuestra madre mas que palabras de desesperacion. ¡Dios os proteja y os perdone, señor!

Saludó respetuosamente y salió.

El rey marchó detrás de él para llamarle; pero le faltó la voz, le abandonaron las fuerzas y cayó sobre un sillón, y casi en los brazos del cardenal.

—¡Armando, murmuró, Armando, mi bueno, mi fiel Armando, quiero ver a mi madre, quiero abrazarla otra vez!

—Vaaas, señor, no hay que mostrarse débil; que la bondad de vuestro corazón no os arrastre a resoluciones de que podéis arrepentiros pronto. ¿Cuántas veces habeis visto pagados con los mas crueles desenganos vuestros sentimientos generosos? Si viene vuestra madre a París no teneis que esperar ya reposo ni tranquilidad, sino reconversiones incansables y luchas eternas. Os lo declaro: por lo que hace a mi, señor, la llegada de la reina a vuestro lado será la señal de mi partida inmediata, por que en este caso miraría mis servicios para con V. M. como imposibles en lo sucesivo, y no me quedaría que hacer mas que consagrar a Dios solo los restos de una existencia trabajada y llena de disgustos.

El rey oía con distraccion las palabras del cardenal, cuando entró precipitadamente en la sala una hermosa galga blanca y vino a echarse a los pies del rey, el cual se puso a acariciarla con la mano y a dirigirle tiernas palabras.

—¡Hola! mi querida Glocé! ¿qué os habeis hecho en todo el día? Sois tan ingrata como los cortesanos. ¡Coqueta como ella!... ¡ah! bribona! Ea, venid conmigo, al través de esas cortinas veo un rayo de sol; vamos a dar un paseo en coche, acaso el aire me abra el apetito.

En seguida se levantó, salió haciendo brincar a su perra, subió a un coche, siempre dispuesto a partir al menor

capricho real, y dejó el Louvre sin otro pensamiento, sin otra sensacion que la que le causaban el tibio calor del aire y los deliciosos rayos del sol.

Richelieu se encogió de hombros, sonrióse desdeñosamente y se retiró para dictar el mismo la orden que mandaba al maestro Pedro Pablo Rubens salir inmediatamente de París.

Cuando esta orden llegó a casa del baron de Vieq, hacia ya una hora que habia marchado Rubens. Sin embargo el embajador contestó a este insulto del cardenal anunciando su propia partida para el día siguiente. Cuando comunicaron esta noticia al cardenal no pudo menos de encolerizarse y mandó llamar al punto al reverendo Padre José, quien no tardó en presentarse.

—Reverendo padre, le dijo el ministro, es necesario que partais inmediatamente a Colonia. No perdoneis ni dinero, ni caballos para adelantaros al pintor Rubens que acaba de salir ahora mismo para aquella ciudad. Allí encontrareis a la reina madre. Determinadla a partir para Florencia donde la esperan la munificencia y el perdon del rey. Elena tiene mucha confianza en vos, y no he olvidado que vuestro crédito la ha hecho fundar la casa de religiosas del Calvario. Si la reina madre está enferma, suministradla los socorros espirituales, y alcanzad de ella el olvido de su odio y resentimiento contra mí. Marchad.

El capuchino, cuyo rostro impasible no habia perdido un solo momento su frialdad de mármol, hizo una reverencia y salió.

—¡Ahora lo veremos, maestro Rubens! exclamó el cardenal batiendo las palmas y riéndose como lo haria un petardista que se pusiera a jugar con un pobre labriego recién llegado de un pueblo de provincia. Mas os valiera pintar buenos cuadros que echarla de diplomata ¡Ah, ah! ya aprendereis, si no lo sabeis, que nadie se burla tan impunemente del cardenal de Richelieu, como del rey Felipe IV de España, o de ese pobre rey Carlos I de Inglaterra, a quien sus subditos sublevados llevan tal vez a donde he llevado yo a Saint-Mars. —ENRIQUE BERTHOUD.

(La conclusion en el número inmediato.)



VISTA DE LUXEMBURGO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LA GALANTE FESTIVIDAD FLORAL

LLAMADA DEL MAYO O DE LA HERMOSA MAYA.



En los pueblos antiguos y modernos, salvajes ó civilizados festejaron y festejan a la risueña y florida primavera, estación bella que todo lo reanima y engalana y época lisonjera de las delicias, de la alegría y de los amores. Cuando la naturaleza después de la prolongada y triste noche del invierno, recobra el día de sus goces y se viste de ricas y matizadas flores para dar á conocer su grandeza y magnificencia, se reaniman todos los seres, y el hombre, su rey y soberano poderoso, al admirar el poder de todo un Dios por quien existe, se estasia de placer, ensancha su alma y eleva su corazón al Criador para darle gracias por tan inmensos beneficios. Los sencillos pajarrillos posados sobre los verdes y copudos árboles y sobre las floridas plantas, se deshacen en alabanzas a la Divinidad en armoniosas y dulces canciones; triscan y saltan los inocentes corderillos sobre el muelle musgo del monte y sobre la blanda y naciente yerba de la pradera; los peces haciendo resaltar su coral y su nacar entre las olas de plata, doradas por el brillante Febo, se regocujan, al disfrutar el templo de la bella estación; los ríos parecen caminar con mas pausa, hacia el piélago en que han de terminar su curso, para gozar por mas tiempo de la agradable vista de las hermosas márgenes que les contienen, cubiertas de bellas florecillas que bañan gozosas sus tallos y corolas llenas de rociadas perlas en su corriente, y los cristalinos arroyuelos serpentean alegres corriendo á encontrar nuevas flores que regar y aumentar el caudal de aquellos; los prados y montes se afanan en vestirse con sus mas ostentosas galas para asistir al triunfo de la Primavera, á la que inciendan sin tregua con sus suaves y deliciosos aromas conducidos en brazos del blando céfiro, hasta el azulado cielo que se presenta en toda su magestad, y hasta los viles insectos recobran nueva vida. Todo lo alegra la Primavera con sus dones, y Mayo que es su soberano, recibe de todo lo que existe el homenaje de gratitud, que rinde él mismo al Supremo Ser á quien pertenece y de quien proviene su grandeza.

Como el hombre admira la magnificencia y poder de Dios en la hermosura de que ha dotado á la mujer, se empeña en obsequiarla en esta bella estación de los amores, rindiendo el debido homenaje á sus gracias y reconociéndola como el idolo ante el cual no puede menos de doblar humildemente la rodilla y demostrar su natural fineza, porque admitiendo el amor como el genio civilizador de las naciones, considera la mujer como el poderoso ejército de que se vale para conquistar la cultura y la civilización suavizando las mas fieras costumbres. Por esta razón en el mes de Mayo han rendido y rinden culto

á la mujer principalmente todos los pueblos, porque en ellas reconocen el angel tutelar de su felicidad doméstica, que es la mayor de que pueden disfrutar los humanos en esta pasajera mansión, de suyo incómoda y tormentosa.

Desde los tiempos mas remotos hallamos, por los autores y por los monumentos, que se ha festejado á la primavera en la belleza de la mujer en los pueblos antiguos. En Grecia, nación que supo elevarse á tal altura, que fué la maestra en todo de las demas, fué la mujer el simbolo mas expresivo de la amena estación, y festejada como la reina de las flores, se emplearon estas en su obsequio haciendo resaltar su hermosura. La belleza, en todo, fué entre los entusiastas griegos una especie de idolo venerado que se solicitaba con afán y que alcanzándola, por que nadie supo buscarla y cuidarla mejor, les proporcionó su esmerado cultivo el ponerse á la cabeza de la civilización del mundo; siendo la mujer el mas seguro y perfecto tipo de la belleza, ella fué su principal modelo, y claro es que en tal concepto, tuvo que ser el objeto mas apreciado y la imagen querida de su adoración. Solo así se comprende la inimitable belleza con que caracterizaron sus preciosas obras de escultura, y en particular sus Venus, Minerva, Juno, Júpiter, Apolo y otras que han llegado hasta nosotros para desesperar á los artistas que no pueden elevarse en sus obras á tal altura, y para admiración del mundo moderno, que sino menos instruido, es mil veces menos entusiasta de la belleza. La nación que premiaba, en sus fiestas de Eleusis, al que con mas gracia daba un beso á una hermosa, no podía menos de ser galante y expresiva con el bello sexo, y así es que á la entrada de la primavera, que correspondía á nuestro mes de Mayo, se hacian un deber los jóvenes en ofrecer guirnaldas de flores á las hermosas, en las que simbolizaban la alegre estación de los amores.

Aun cuando los fundadores de Roma hallaron ya que los habitantes del Lacio y todos los pueblos anteriores á ellos en la Italia, festejaban á la primavera, no solo continuaron la costumbre é imitaron á los cultos griegos en esto, sino que la engrandecieron fijando sus fiestas galantes en el mes de mayo.

A este efecto pusieron á este mes bajo la protección de Apolo, queriendo que el mas bello de sus dioses rigiese al mas bello y florido de los meses, cuyo nombre creyeron debían derivar de la diosa *Magestad*, ó de *Maya* madre de Mercurio, hija de Atlante y mujer de Júpiter. En este mes fijaron las fiestas de la Buena Diosa, las del Refugio y otras semejantes, y en su primer día se celebraba la dedicación de un altar que consagraron los sabinos á los dioses *Lares*. Las matronas romanas coronadas de flores nacidas en los tres días últimos de abril, asistían á casa del Pontífice Máximo este día, á sacrificar en honor de la Buena Diosa, á cuyo acto no podían asistir los hombres, debiendo ser tan de ellas la festividad que hasta se tapaban las figuras de los dioses varoniles (1).

Los jóvenes de ambos sexos en Roma y en todos los pueblos de Italia, así como en los conquistados que tomaron sus costumbres, se reunían el día primero de Mayo al apuntar el alba en el horizonte, y saliendo de la ciudad

(1) Entre los romanos no se celebraban bodas en este mes, porque se temía por de mal agüero á los matrimonios que se verificaban en él, por celebrarse también la fiesta de los espectros ó de los Lemares.

bailando y cantando al son de instrumentos campestres, se dirigían al campo á coger ramas verdes de los árboles cercanos ó de plantíos sagrados que rodeaban á los templos de Flora ó de otras divinidades, dispuestos al efecto, para ser desgajados en esta festividad. Después de que cada uno de los asistentes había formado su ramo, celebraban entre todos un baile general, y concluido volvían cargados con sus ramas á la ciudad, cantando y bailando del mismo modo que salieron, y dispersándose á la entrada, iban á adornar con las ramas y con flores, primero las puertas y ventanas de sus queridas, parientes, y amigos, y después las de las autoridades que estimaban, por lo que en este día podían conocer los mandarines en los obsequios que recibían si eran apreciados ó aborrecidos del pueblo. Las personas agraciadas con los ramos aguardaban á los jóvenes rameros á las puertas de sus casas, en cuyo sitio tenían dispuestas mesas guarnecidas con varias clases de manjares, de modo que en todas las calles se veían en esta mañana alegres banquetes de los que disfrutaban los pasajeros que gustaban, por que este día todo era franqueza, familiaridad y alegría, razón por que cesaban los trabajos pensándose solo en la diversion y en el placer.

El pueblo, la nobleza y los magistrados confundidos y reunidos por la general alegría de la fiesta, parecía no componer más que una sola familia, y después del festivo almuerzo, se adornaban con ramitos nuevos para pasear, siendo infamia que no sufria el pueblo el presentarse en el paseo sin el ramo, que era el distintivo de la fiesta; por lo cual todos procuraban llevar el ramo lo mas tierno posible.

La fiesta del primero de Mayo, entre los romanos, duraba el día primero y después gran parte de la noche, y en este espacio de tiempo, todas las clases del pueblo se entregaban al baile con entusiasmo. En un principio no tenían otra idea estos bailes que la de representar la sencilla espresion de la alegría que causaba la vuelta de la primavera, pero después dejeneraron en galantes bailes, y bien pronto en una desenfrenada licencia. Esta fiesta tan sencilla como inocente en un principio, acabo por sumergir á la Italia en una espantosa anarquía de costumbres, causando fatales perjuicios á la moral, que á pesar de que el tirano é impudico Tiberio favorecia con su ejemplo el desenfreno de las pasiones y la licencia, la abolió por un edicto, porque llegó á avergonzarse de sus obscenas é infames escenas. Sin embargo de lo solemne que fué la prohibicion, como la costumbre habia ya echado profundas raíces, el pueblo despreció la ley de Tiberio que tuvo que tolerar la continuacion de la fiesta, y fué restablecida por su sucesor con algunas restricciones.

La victoria que alcanzó esta costumbre, la dió doble fuerza, y esparciéndose por toda Europa la acogieron los pueblos con entusiasmo aumentándola segun su genio y carácter peculiar. Refiriéndonos solo á España, no consta, que luego que los godos arrojaron del país á los romanos, la fiesta del día primero de Mayo, variase, hasta que establecido el cristianismo bajo sólidas bases, prohibieron por algun tiempo los obispos los bailes que, segun su opinion eran prácticas gentílicas que era preciso olvidar; pero, desde antes de que el malhadado don Rodrigo perdiese la España, es decir hacia principios del siglo VIII vemos ya reunir á los jóvenes para divertirse y obsequiar con enramadas á sus queridas el día primero de Mayo. Los obsequiosos árabes conquistadores de España, cuya civilizacion reconocía hoy, llevó la galanteria y caballeriosidad con las mugeres á un alto grado, del que están muy distantes desde que Isabel la Católica les arrojó á las abrasadas arenas de su origen echádoles de sus magníficas casas de placer de la bella Granada, los árabes repito, dieron nueva vida á las festividades romanas del primr día del mes de las flores, y desde ellos, se ven plantar en este día en nuestros pueblos los altos y enga-

lanados Mayos, y vestir los amantes de ramage y de flores las ventanas de sus amores. El llamado Mayo, protagonista de la funcion civico-campestre, consiste en un tronco muy alto, comunmente de álamo verde, vestido de flores, cintas, ramas y frutos, y en muchas partes pañuelos de seda y otras prendas de vestir, que plantan los jóvenes labriegos de nuestros pueblos en la plaza, y á cuyo alrededor se baila todo el día con entusiasta alegría, siendo el móvil de que se enciendan de amor muchos noveles corazones que no habian experimentado tan grato fuego, de que se fortifiquen mas los armados lazos, de que vuelvan á unirse corazones que el aguijon de los celos tenia separados, y de que este mismo aguijon separe otros muy unidos hasta aquel fausto ó infausto día, segun sus resultados para los que le rinden homenaje. El entusiasmo con que se practicaba esta fiesta popular, movió á algunos pueblos á establecer una contribucion vecinal para que el Mayo fue é mas robusto y mejor adornado, y como el pueblo siempre acoge bien cuantas providencias se dictan á su favor y él conozca, y para proporcionarle goces que desee, pocos tributos se habrán pagado con mayor gusto y sin menos resistencia.

A pesar de que jamás llegó el desenfreno de los modernos en esta fiesta al grado y escándalo que entre los antiguos, prohibieron los bailes al rededor del Mayo como inmorales é irreligiosos, algunos pontífices poco ilustrados y demasiado celosos; pero si bien en algunas naciones decayó mucho esta costumbre mas por el temor á las penas designadas á los que la practicasen que por voluntad, los españoles que sin dejar de ser religiosos, cuando tienen esta firme nada es capaz de hacerles variar de camino una vez aprendido, han seguido y siguen bailando al rededor de sus floridos Mayos, desmintiendo con sus buenos y cristianos modales y conducta el que no sean dignos de que se les conceda este ligero é inocente desahogo.

Muchos son los cantares que nuestros aldeanos entonan para bailar al rededor de los Mayos, pero en los que la sal española y la viva imaginacion de los naturales brillaba mas, es en la seguidilla nacional, composicion que acredita su ingenio singular, nata, y poesia que ningun país puede presentar mas armoniosa y espresiva, ni que esplique uno ó muchos conceptos en tan cortas palabras. Al asistir nosotros á estas fiestas en un pueblecillo á una legua de Madrid, oímos entre otras muchas la siguiente seguidilla que se nos quedó impresa en la memoria y que se refiere al objeto de este artículo:

En el florido Mayo
que te he plantado,
el corazón mi vida
se me ha quedado.
Si tú le cuidas,
verás como florece
por tus heridas.

Y con relacion á las enramadas que en este día ponen los mozos, así como los días de San Juan, en las ventanas de sus amadas, esta otra:

Florcillas de Mayo.
creced aprisa,
y seréis de mi Maya
rica aleutifa.
Rosas y flores
son para mi morena,
de amor los dones.

Con relacion á la altura del Mayo dice Cobarrubias en el *Tesoro de la lengua castellana*, que de este tronco se deriva el dicho de *es mas largo que un Mayo*, con que se designa á una persona alta y enjuta, y añade: que en



lo antiguo se celebraba la fiesta poniendo en un tálamo un niño y una niña en significación del matrimonio, lo que fué tomado de la antigüedad porque en este mes estaba prohibido casarse, como si dijésemos se cerraban las velaciones. Ya hemos visto que el contraer matrimonio no estaba prohibido, sino que no se verificaban bodas porque era mes de mal agüero, según lo que dejamos indicado.

Tal vez de la costumbre de los dos parvulillos que cita Cobarrubias, se originase la de nuestras Mayas, según que las hubo en Madrid y las hay aun en algunos pueblos. Este juego se verificaba por la tarde del día que vamos hablando, y en algunas mas de las del mes, en que se colocaba a la Maya durante el baile. La Maya en un principio, era una niña ó joven que no pasaba de 15 años de edad, y la mas hermosa que habia en el pueblo proclamada tal á voz en grito por la mayoría de las mismas mugeres, (precisamente debía haber mucha divergencia en la eleccion), y vestida con los trages mas ricos y con las alhajas de las ricotas, se la sentaba sobre una grada colocada al pié del Mayo, la cual estaba cubierta de flores, de las cuales tenia ella tambien coronada la cabeza. De este modo solemne recibia la Maya el triunfo de su belleza, en las bendiciones que le prodigaban todos los que iban á rendirle homenaje y en los obsequiosos alagos de sus compañeras. Por lo regular en el baile con que se la festejaba, se la victoreaba como á la reina de la hermosura y de las gracias, por los varones que tomaban parte en el baile con su anticipada venia, ó por los que miraban la fiesta; pues en algunos pueblos no se permitia tomar parte en el baile á los hombres.

En Madrid aun despues de ser ya corte, y en otras ciudades se verificaba el llamado juego de la Maya con mas suntuosidad que en los pueblos y aldeas, y las mozas sacaban un buen producto pecuniario de estas fiestas, tributo que siguieron sacando y aun sacan, desde que pasaron á la cruz de Mayo las galas y preseas de la antigua Maya simbolo de la florida primavera. Para este juego, se colgaba con cortinas de damasco el portal de la casa en que se celebraba la fiesta y cubria el suelo con una alfombra matizada de colores: en el sitio mas á propósito, y comunmente frente á la puerta, se colocaba un taburete cubierto con una alcatifa, reposterio ó paño bordado de oro, plata ó sedas, y sobre él se sentaba la Maya proclamada por la mas hermosa. El traje de esta hermosa en Madrid se componia de un rico guardapiés de brocado de oro y plata, justillo de seda ó terciopelo igualando al guardapiés, la cabeza coronada de frescas y delicadas flores, el cabello trenzado con perlas y tembleques de pedrería con su rica diadema cogida con la guirnalda; adornada con largas y costosas arracadas en las orejas, y collares y diges de gran valor al cuello y muñecas, un rico abanico en la mano y perfectamente calzada con zapato de tacón y punta encorbada. En los siglos XV y XVI, se sabe que alternaban las casadas con las solteras en el oficio de Mayas, pero en el XVII y hasta el día solo entran en él las solteras; siendo por lo general circunstancia en los pueblos que aun siguen la costumbre, el que la Maya no pase de los 20 años de edad, eligiéndose la de menos años en igualdad de belleza, y la mas blanca en donde haya dudas y sean iguales las edades.

La Maya en Madrid tenia enramada la puerta y ventanas de su habitacion, y al llegar la hora de la fiesta, iban á buscarla sus compañeras vestidas con sus mejores galas y precedidas de los músicos con sus guitarras y panderos llenos de cascabeles y de cintas de todos colores, y despues de cantar á su puerta seguidillas alusivas al objeto, entraban en la casa, y sentándola en una silla adornada con flores y pañuelos de seda que llamaban la *Silla de la reina*, la conducian suspendida dos jóvenes varo-

nes, parientes ó amigos suyos, poniéndose en dos filas las demas doncellas que llevaban per bandaguirnalda de flores, y tocando los músicos delante seguian aquellas bailando, y entre ellas haciendo muecas y escitando la risa la *Moigona* que era una muger vieja alquilada al efecto, vestida de Maya y coronada de rastras de ajos y otras cosas extravagantes. Esta procesion ridicula tenia lugar en los barrios bajos á las 8 ó á las 9 de la mañana, y todas las gentes acudian á ellos para disfrutar de la fiesta, siendo las Mayas mas célebres las de las puertas de Moros, Plazuela de Madrid en el barrio de la Moreria cerca de la puerta Segoviana y las de la ermita de San Millán en la plazuela de la Cebada.

Sentada la Maya en su trono colocado en el portal adornado, la ponian la corona de flores sus compañeras, y si hacia buen día la colocaban á la puerta de la calle, y en uno ú otro caso se empezaba el baile por las jóvenes solas al son de picantes cantares que las animaban acompañándose con las castañuelas y alegres panderillos. Durante el baile cuatro ó seis jóvenes bien vestidas, que eran las que seguian en belleza á la Maya, paseaban la calle con platos ó escudillas finas, y algunas veces de china ó de plata, y acometiendo con carinosas y seductoras palabras á los curiosos ó pasageros, les obligaban á darles algunas monedas para la Maya y les conducian á verla. Conociendo el genio alegre, carácter decididor y gracia y sandunga de nuestras manolas, y eso que hoy no son sombra de lo que fueron, y habiéndoles admirado pidiendo para la *Cruz de Mayo*, fiesta que han sustituido á las Mayas, es preciso confesar, que en aquella fiesta lucia extraordinariamente la gracia inimitable de nuestras madrileñas.

En algunos barrios no salian las mozas á pedir á la calle, sino que colocada la Maya al frente de una ventana, las graciosas pedigüeñas lo hacian desde la misma á los que se acercaban á contemplar los encantos de la reina de la hermosura, simbolo de la florida primavera, y la belleza de sus compañeras.

Los mozos para burlarse de las mozas, ó las gentes de buen humor por diversion, solian poner Mayas ridiculas en sus portales, adornando al efecto á la vieja mas rara que se queria prestar á ello, con ropas antiquisimas y ridiculas guarnecidas de cascarrones de huevo, cuernecillos ó guindillas por pendientes, collar de cabezas de ajo ó de patatas y un descomunal abanico de papel pintarrageado de figuras rarissimas.

Como la poesia es una parte de historia muy apreciable para las costumbres, en cuanto retrata por lo comun las de la época del autor, debemos creer existiese la fiesta de las Mayas en Madrid, en tiempo de Felipe III, puesto que leemos en un romance del poeta festivo Vargas, que titula la *Presumida*, los siguientes versos que dirige esta á su galán:

En prueba de que soy bella,
sabe que he sido la *Maya*
debajo del alamillo (1)
de la puerta Segoviana:
Que el rey Felipe III,
que tiene de galán fama,
preñado de mi hermosura
arrojó el oro á mis plantas.
Y alargándome la mano
que dos mundos avasalla,
me dió un beso en la mejilla
hechizado de mis gracias.

(1) Debe Vargas referirse aqui al álamo grande que de inmemorial habia en la actual plazuela del Alamillo, barrio de la Moreria, el cual se ha renovado constantemente, y que arrancado hace cuatro años, no se ha vuelto á plantar, lo que debia hacer el ayuntamiento á fin de que se conservase el recuerdo del antiguo concejo de Madrid.

Diciéndome: niña hermosa
eres ciosa de las Mayas,
perla rica de mi corte
y la reina de las hadas.
Bendito el florido Mayo
que la dicha me guardaba,
de ver Maya que jamás
cual tú, se miró en España.

Nada tiene, de extraño que en el referido reinado se mantuviese aun la costumbre cuando aun subsistía en el de Felipe IV como hemos visto en una causa que existe en uno de los archivos cartularios de Madrid, en la que se condenó á doscientos azotes y seis años á galeras á Pedro Rendon, Juan Díaz y Antonia Perez, *por haber acometido con nabajas á Petra Redondo, cuando hacia de MAYA en el Prado de San Gerónimo, é iriéndola la quitaron las alajas que tenia puestas por valor de doscientos ducados, y maltratando á tres de sus compañeras á quienes quitaron las arracadas, rasgando á una las orejas.*

Con referencia al mismo reinado, debemos creer se divertieran las damas de Palacio el primero de Mayo tambien en este juego, porque tenemos copia de una cuenta firmada por Josefa de Silva *cosedora tragena* de la reina doña Isabel de Borbon muger de Felipe IV en que vemos esta partida: *Por un manteo de tisú de oro y guarda infante de Florencia recamado, componerlo para la dama Arnedo y Santa Lanuce que hicieron de MAYAS REALES en el palacio el Mayo de este año, ciento dos* (aquí hay un signo que no sabemos si será reales, ducados, escudos ú otra cosa). La fecha de la cuenta es junio de 1622. La costumbre de las Mayas debió terminar en Madrid en la

época del tétrico Carlos II, en el que su jesuítico gobierno se opuso á las diversiones que tenían algun carácter popular, á fin de sujetar mejor al pueblo y no distraer al rey con regocijos que pudieran sacarle de su miserable fanatismo. Los Mayos acabaron antes en la corte pero se han perpetuado en la mayor parte de los pueblos, en los que en algunos aun campea la hermosura en las bellas Mayas, sustituyéndose á ellas en Madrid, como hemos dicho, la festividad de la Cruz de Mayo, en la que ya se emplean solo las niñas de los barrios y de la cual hablaremos en el numero correspondiente á este mes el año próximo.

Como festividad dedicada á la belleza, hemos visto campea en ella á la muger en primer término, siendo el idolo de las adoraciones del hombre, y llevar á este por divisa cuando obra conforme á los sentimientos del corazon, TODO POR ELLAS, TODO PARA ELLAS; pues si por mas severos que queramos aparecer y por mas que algunos las quieran despreciar, hay una gran parte de nuestra vida que pende de una sola mirada suya de compasion, ¿por qué no hemos de confesar de buena fé que son nuestras soberanas, sometiéndonos á ellas en humilde pero dichoso vasallage, y no hemos de respetarlas en todos tiempos y edades? En ellas tenemos que reconocer dichas presentes, beneficios pasados, y siempre el génio benéfico que suaviza las costumbres mas feroces y la causa indispensable de nuestra existencia. Confesémos de buena fé su valor, y no las quitemos el prestigio que justamente tienen, si se quiere que haya culta sociedad.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANO



ESTUDIOS ANEDOTICOS.

LA VISITA DEL CONVENTO.

Era una tarde de primavera del año 1492 y la lluvia caía á torrentes; un jóven viagero absorto al parecer en profundas meditaciones caminaba montado en una mula de alquiler y detras le seguía un hombre á pie, no sin gran trabajo por la aspereza del camino y lo recio del temporal. Largo rato hacia que ambos guardaban silencio y el caballero, absorto en sus preocupaciones, apenas habia advertido que el agua caía á mares sobre su traje no de mucho abrigo y su sombrero de plumas; el peon por el contrario, dirigia incesantemente su mirada escrutadora á todos lados, sin duda para ver si descubria un albergue en que guarecerse.

—Por la virgen del Rosario mi patrona, dijo al fin el paisano, que no parece señor caballero sino que dá gusto á vuestra merced mojarse segun lo descubierto que recibe el chaparron.

—El agua no me asusta, buen amigo, replicó el de la mula; y por otra parte, vano fuera mi esfuerzo para evitarla; no traigo mas reserva que la capa y esta la necesito para cubrir mi maleta.

—Al diablo daría yo todas las maletas del mundo y pensara mejor en cubrirme el pellejo, con perdon sea dicho. En tales casos, señor, creo que vale mas que se moje un vestido de seda y cuatro camisolas, que calarse un hombre hasta los huesos.

—Si eso fuera así tú tendrías razon; pero mi maleta encierra un tesoro.

—Hable vuesa merced mas bajo, señor caballero, que no estamos en parage seguro, y á la palabra tesoro Dios

sabe si saldrá de una peña alguien que se encargue de guardarlo, despues de darnos pasaporte para el otro barrio.

—No tengas cuidado que mi tesoro no es de los que los ladrones ambicionan. Solo á un rey puede ser útil y á reyes lo he ofrecido pero me lo han despreciado.

Este hombre está loco, dijo para si el paisano, y ambos guardaron silencio otra vez. De repente el rustico que habia quedado algo mas atras, empezó á gritar con toda su fuerza. ¡El convento! ¡el convento!

—¿Qué ocurre? preguntó el caballero sin poder comprender la causa de tanta alegría.

—Que estamos ya junto al convento de Santa María de Rabida, donde nos hospedarán y podremos pasar la noche.

Y al mismo tiempo que decia esto, arreaba la mula de un modo tal que en pocos minutos se hallaron al frente de una gran puerta, que no tardó en abrirse apenas hubieron llamado.

No se equivocó el paisano, suponiendo que serian bien recibidos por los frailes franciscanos de Santa María; nuestros viageros pues, fueron asistidos de todo cuanto necesitaban y pasaron la noche con la mayor comodidad.

A la mañana siguiente, el día amaneció despejado y hermoso, y ya se disponían á continuar la jornada, cuando le ocurrió al caballero que era una descortesía marchar sin despedirse y dar gracias al guardian por el señalado servicio que habia recibido, y en efecto, mientras aparejaba la mula su guia, solicitó y obtuvo permiso para realizar su proyecto.

Despues de los primeros cumplimientos, el guardian, Fr. Juan Perez, hombre de edad madura, de talento no

comun y aspecto venerable; le hizo sentar y quiso saber el nombre de su huésped y el objeto de su viaje.

—No tengo por qué ocultarlo, soy genovés y me llamo Cristóval Colon, vengo de Portugal de ofrecer al rey don Juan, un nuevo mundo, que ha despreciado tratándome de visionario y loco, despues de haberme hecho concebir grandes esperanzas. Igual ofrecimiento he hecho a las repúblicas de Génova y Venecia, sin mejor éxito, y ahora voy a Granada a presentarme a la reina Isabel. La fa-

ma de sus talentos y virtudes, y la gloria que ha adquirido esta princesa en la lucha a que acaba de dar cima espulsando a los moros de su último baluarte me han sugerido esta idea. ¿Quién sabe, he dicho para mí, si estará reservado a una muger el comprenderme y hacer que su nombre y el mio pasen juntos a la posteridad? porque os juro, padre guardian, por la fé de Cristo que profeso, que no estoy loco, y si de ello quereis convenceros permitidme que os muestre mis planos y a poco que entendais de na-



COLON EN EL CONVENTO DE SANTA MARIA.

vegacion vereis que lo que pretendo si no es fácil tampoco es imposible.

El padre Juan Perez, que como hemos dicho era hombre mas que medianamente instruido, consintió al punto en que Colon le mostrase sus proyectos, lo cual verificado en presencia de algunos otros religiosos, quedó convencido de que en efecto el extranjero tenia razon.

—¿Y el rey Juan decis que no ha aceptado vuestras proposiciones? preguntó a Colon admirado.

—No las ha aceptado padre.

—Dios mio! exclamó el guardian, gracias te doy por que has reservado a mi patria y a mi reina tan elevada gloria. Partamos, venid conmigo, Colon, la reina Isabel me aprecia y yo usaré de todo mi influjo para decidirla en vuestro favor; la conozco bien y sé que no necesitaremos trabajar mucho para lograrlo, y en todo caso os doy palabra de no volver a este convento hasta que haya conseguido que se os atienda.

—Y yo os la doy, padre, de no pisar tierra sin haber demostrado la esactitud de mis cálculos.

Los dos partieron al día siguiente para Granada y ambos cumplieron su palabra; el padre Perez no descansó hasta interesar a la reina y decidirla a abrazar la empresa del genovés, y Cristóval Colon descubrió un nuevo mundo.

LA CARTA DE RECOMENDACION.

Una nieve espesa cubre la tierra; el viento silba con violencia al traves de los árboles sin hoja, y a pesar de ser las doce del día el campo está desierto. Un solo hombre a pie marcha por el camino que conduce de Vergara a Oñate; y este es un paisano jóven, de fresca y alegre fisonomia, como todos los de su pais; vá vestido con el traje del domingo y esta circunstancia prueba su-

ficientemente que no ha salido de su casa para trabajar sino para hacer alguna visita en las inmediaciones.

Antonio Medildua en efecto iba al caserío del brigadier Ramírez, cuyas tierras quería tomar en arrendamiento; pero los pretendientes eran muchos y nuestro paisano no hubiera presumido lograr su deseo si a intentarlo no le animara las escitaciones del señor de Molinillos, escribano de Vergara, que le había dado una carta de recomendación para el propietario.

Aparte de la recomendación, Antonio merecía sin duda que se le atendiese, porque si bien es verdad que no contaba con muchos medios de fortuna, su probidad, su celo y su inteligencia suplían a todo.

Ya distinguía a lo lejos el humo de la chimenea del caserío, situado en la falda de la montaña, cuando oyó unos lastimeros abullidos que partían de un barranco que había a la derecha del camino. Antonio se aproximó y distinguió en el fondo un perrillo negro medio enterado en la nieve.

Al verlo el pobre animal se puso de pie sobre sus dos patas y redobló los ladridos, como si por este medio quisiera significar al paisano que lo socorriese. Medildua estaba dotado de esa simpatía instintiva que nos conduce sin saber por qué, a socorrer al que sufre, y además le pareció que era el perro de una pobre muger vecina suya, a quien esta pérdida debía ser tanto más sensible cuanto que no tenía otra compañía; a fin de asegurarse le llamó *Lea*, que era su nombre, y el animal empezó a menear la cola redoblando los ladridos. Antonio no tuvo ya duda; miró a todas partes y observó una especie de sendero estrecho y tortuoso por el que podía llegarse al fondo del barranco; al momento se decidió a bajar no sin peligro, porque era mucha la pendiente y el hielo la había puesto escurridiza. Dos ó tres veces le faltó el pie y rodó por la nieve, pero al fin llegó hasta donde estaba Lea, que sin duda se había caído en el barranco, porque tenía dos patas rotas y el frío le había impedido todo movimiento.

Antonio lo cogió bajo del brazo, subió agarrándose con la otra mano y continuó su camino hacia el caserío del señor de Ramírez. Este que había servido todo el tiempo de la pasada guerra civil en las filas de don Carlos, donde alcanzó el grado de brigadier, hacia muy poco tiempo que habitaba el país, pero había ya dado a conocer su genio brusco, voluble é irritable. Hombre de buen fondo, su misma bondad estaba envuelta en una aspereza tal, que la hacía temible; fácil a encolerizarse, la menor contrariedad le ponía intratable, y entonces las bondades de su corazón desaparecían, por decirlo así, bajo los defectos de su carácter.

Antonio que ya lo conocía por lo que de él había oído, tuvo buen cuidado de dejar a Lea en la antesala y de hacerse anunciar como que iba de parte del señor de Molinillos. El criado tardó en traerle la respuesta, mas al fin vino, y abriendo la puerta del gabinete del brigadier, le hizo seña para que entrara, pero se detuvo al oír la voz del señor de Ramírez, quejándose de que le molestasen.

—¡El diablo cargue con todos! exclamó; no le dejarán a uno en paz, aunque caigan capuchinos de bronce.

Y volviéndose a Antonio

—¿Qué hay? ¿qué te se ocurre? ¿qué me quieres? le preguntó con un acento brutal.

—Perdone V. S., mi general, dijo Antonio haciendo una reverencia; yo vendré en otra ocasión.

—No, habla, ya que estás ahí, replicó al señor de Ramírez; ¿vienes de parte de Molinillos?

—Sí, mi general.

—¿Y me traes una carta?

—Tómela V. S.

El brigadier la cogió con presteza.

—Tengo curiosidad de saber si con mil diablos ha

terminado el asunto del caserío de Larrea; hasta que se firme la escritura no estoy tranquilo.

En seguida abrió la carta y leyó rápidamente.

—¡Nada! ¡ni una palabra! exclamó; ni se acuerda siquiera de tal negocio. Estos escribanos todos son lo mismo. ¡El diablo cargue con ellos!.... ¿Y no te ha dicho nada de palabra?

—¿Del caserío de Larrea? preguntó tímidamente Antonio.

—Pues es claro, ¿de qué había de ser?

—Nada, mi general.

—¿No te ha dado otro papel?

—No señor.

El brigadier tiró la carta sobre la mesa, dando un fuerte puñetazo.

—Y yo me he fiado de él: gritó con furia; que todo los diablos lo lleven. Bien empleado me está.... he debido hacer yo el negocio por mí... y lo haré; al instante... militarmente.... sin tantos rodeos.... Ignacio!... Ignacio!... Que ensillen mi caballo!

El criado obedeció y el brigadier se puso a darpaseos por el gabinete echando pestes contra el escribano mezcladas con su habitual muletilla de «el diablo cargue con él.»

El pobre Antonio estaba cortado; daba vueltas sin cesar a su gorra, y con los ojos bajos, encendido como el carmin, no sabía si retirarse ó hablar. De repente las miradas del brigadier se fijaron en él.

—¿De dónde diablos vienes, le dijo, que me has puesto el cuarto hecho un lago?

El paisano miró a sus pies y vió que la nieve que había cogido para bajar a socorrer a Lea, se estaba derriendiendo a toda prisa bajo la influencia de la atmósfera templada del gabinete, y había formado un charco sobre la magnífica alfombra que cubría el pavimento: quiso retroceder hacia la puerta pero el daño estaba ya hecho.

—Que el diablo cargue contigo, exclamó el brigadier aprovechando tan magnífica ocasión de lanzar su anatema ¿Para qué has entrado aquí? ¿Qué quieres?

—Perdon, general, dijo Antonio desconcertado; yo he venido... es decir, yo quisiera... Deseaba hablar a V. S. de las tierras...

—¿Qué tierras?

—Las que me han dicho que vá V. S. a arrendar.

—¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—Todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo está loco.

—Sin embargo el señor de Molinillos me ha asegurado...

—El señor de Molinillos se ocupa en buscarme arrendadores probablemente porque yo no se lo he encargado, interumpió el brigadier... ¿Es él quien te envía?

—Sí, mi general.

—Pues bien, dile que no necesito a nadie para buscar un arrendador. Que yo elegiré por mí mismo el que me haya de servir.

—Está bien general.

—Y dile que nunca tomaría a un cualquiera que viniese sin estar seguro de su capacidad y buena reputación.

—De eso precisamente es de lo que le habla a V. S. en la carta el señor de Molinillos, añadió Antonio con algo mas de aplomo.

—Sí, una carta de recomendación, dijo desdeñosamente el brigadier; eso no vale nada. Una carta de recomendación es como un pasaporte que se da a todo el mundo.

—No me parece que es de este género la del señor de Molinillos.

—¿Por qué la traes tú, verdad? replicó irónicamente el brigadier.

Antonio se puso colorado y añadió:

—Me parece, general, que V. S. no ha leído la carta.

—Sin leerla sé yo lo que dice. Que eres trabajador, joven...

—Es verdad, señor.

—Pues mira yo prefiero un viejo que tenga experiencia y sea laborioso.

—No digo lo contrario.

—Y en último extremo, aceptaría mejor un bribon perezoso, pero rico, que me diese garantías positivas; porque la renta está mas segura hipotecada sobre efectos que sobre la conciencia.

—¿Y ha encontrado el general un arrendador como desea? preguntó Antonio algo conmovido.

—Sí, replicó el brigadier; Geromo el yerno de Perdigocha me ha hecho proposiciones que pienso aceptar.

Antonio no replicó ni una palabra; por muy cruel que fué para él este golpe, no era hombre capaz de insistir despues de una declaración semejante. Se disculpó como pudo de haber sido molesto, hizo una reverencia al brigadier y abriendo la mampara que Rodriguez le impidió cerrar, se dirigió á la antesala.

Ya salía por la puerta cuando sintió un lastimero ahullido; volvió la cabeza y vió que era Leal, á quien en su preocupación habia olvidado, que se encaminaba hácia el arrastrando.

Antonio se bajó para cogerlo y el brigadier que se habia detenido en la puerta del gabinete, le preguntó que significaba aquel perro herido. El paisano le refirió en breves palabras y con la mayor sencillez lo que le habia pasado al ir á su casa.

—¿Y por eso te has puesto de nieve hecho una miseria? dijo el brigadier en tono menos aspero. ¿A qué diablos te espones á romperte la cabeza por socorrer un perro herido?

—Porque el pobre animal padecía, general, replicó Antonio.

—¿Y qué vas á hacer ahora?

—Conozco á su ama.

—¡Ah! ya comprendo; esperas buena propina.

—Perdone V. S.; es una infeliz muger que apenas tiene con que mantenerse; pero no por eso me quedará sin recompensa.

—No entiendo como.

—¡Oh! ¡la pobre se pondrá tan contenta!...

El brigadier fijó la vista en el paisano y despues de un momensito de pausa,

—¿Y á tí te satisface eso? le dijo en tono casi cariñoso.

—¡No me ha de satisfacer!... Ya vé V. S. si lo hicieran por mí...

—Tienes razon. ¿Cómo te llamas?

—Antonio Medildua, señor.

—Es verdad; ese es el nombre que he visto en la carta de Molinillos... ¿Y tú querías que te hubiese dado mis tierras en arrendamiento?

—Ya lo creo, general; esa era toda mi ambicion; dijo Antonio suspirando. Tengo tres hijos y hubiera podido educarlos.

—¿Tienes tres hijos! Eso es una desgracia.

—Perdone V. S., mi general. Se encuentran en perfecto estado de salud.

—Sí, pero hay que mantenerlos...

—Es verdad, pero tambien eso anima á trabajar; lo que importa es encontrar trabajo que entonces no les faltará nada; pero como decia hace poco el general, el ser jóven y trabajador no basta.

—Sin embargo, me parece que con tales cualidades hay mucho adelantado, replicó el brigadier.

—¿Cuando uno no tiene otra garantía que su probidad!...

—¿Conoces tú alguna mejor?

—¿Y cuando un pobre no tiene la dicha de que le conozcan!...

El brigadier le dirigió otra mirada escrutadora.

—Pues yo te conozco á tí, le dijo.

—Por la recomendación del señor de Molinillos, observó Antonio.

—No, replicó el general; por lo que llevas debajo del brazo:

—¿Como!... ¡por el perro!

—Por el perro que tú has recogido porque padecía, y llevas á una pobre muger para que se ponga contenta. No hay carta de escribano que pueda ser tan elocuente. Yo me río de la de Molinillos: que el diablo cargue con él; pero en cambio la tuya es buena y la acepto: la prueba está en que no solo te doy en arrendamiento las tierras que deseas, sino que te nombro mi hortelano para que desde hoy me cuides la huerta.

Antonio no podia dar crédito á lo que escuchaba, fué preciso que el brigadier repitiera lo que habia dicho, y le mandara entrar otra vez á su gabinete para darle la nota de la escritura, y una carta para que la estendiese el escribano de Vergara, antes de que se persuadiera de que era realidad y no sueño lo que oía. El gozo del pobre paisano fué tanto mayor, cuanto que habia perdido toda esperanza de lograr su deseo.

Por lo demas el brigadier no se contentó con este primer favor; poco despues de tener á Antonio en su casa y cuando le conoció mejor, le adelantó dinero para que comprase una pequeña propiedad contigua á su caserio, con la cual á fuerza de trabajo y economia se ha creado una posicion independiente y tan honrosa como merecida.

En un viage que hicimos el último verano á las provincias Vascongadas hemos conocido al arrendador Medildua, hoy ya propietario, y delante del brigadier Ramirez nos ha referido la anécdota del perro Leal, tal y como la dejamos copiada, sin haber hecho la mas pequeña alteración en el fondo. Cuando el paisano hubo concluido

—Que el diablo cargue con los malos, dijo el brigadier, por mí creo que un rasgo de humanidad, debe ser á los ojos de todo hombre honrado la mejor carta de recomendación.

M.***

INDUSTRIA.

PESCA DE LA BALLENA.

Los vascongados desde muy antiguo dieron tal importancia á la pesca de la ballena que á esta circunstancia deben el figurar en la historia de casi todos los pueblos; porque no bastándoles las ballenas que frecuentaban el litoral del golfo de Gascuña, del cabo de Finisterre y de la Mancha, y viendo que arrojadas y hostigadas de continuo por sus robustos brazos huían á otros mares se decidieron á buscarlas en cualquiera parte donde apareciesen.

El renacimiento de las artes fué en Europa una época de nuevas conquistas para la industria; los comerciantes mas laboriosos conocieron muy luego cuan útiles aplicaciones podian hacer de los productos de la pesca; y la pesca de la ballena fué para ellos un motivo de especulación y un manantial de riqueza, dando medio al propio tiempo á los consumidores de satisfacer sus necesidades. Pronto los pescadores de la ballena no conocieron otros límites en sus escursiones que los del mismo globo; los vascos avanzaron en el Océano Boreal hasta Groenlandia y Spitzberg, y enviaban á aquellos remotos climas flotillas de 50 y 60 velas, pero sin tocar así nunca en sus costas inhospitalarias. Siguiéronles los ingleses á fines del siglo XVI, y sin mas derecho que el de la fuerza, se posesionaron del último de dichos puntos, cuyo descubrimiento sin embargo habian hecho los holandeses; aprovecharon de la inferioridad de la marina vasca para monopolizar la pesca de la ballena, y cuando despues fueron los holandeses á ensayar la misma especulación, los ingleses los rechazaron á viva fuerza, violando de un modo in-

fame el derecho de gentes. Los armadores holandeses toleraron con paciencia al principio tamaño insulto, pero el exceso del mal les sugirió la idea de buscar remedio en una coalición, y correspondieron á la insolencia británica cual debe un pueblo justamente indignado. Los ingleses llevaron lo peor del combate, y haciendo de la necesidad virtud, consintieron en arreglar por un convenio, casi equitativo, los respectivos derechos de la pesca. Los dinamarqueses y los pueblos del Báltico acudieron á participar de tan rico botín y se repartieron las bahías y puntos que más frecuentaban las ballenas.

Hasta entonces la pesca de este animal, su destrozo, la fusión y depuración del aceite, todo se hacía en alta mar y á bordo de los buques; ó bien se ponía el lardo amontonado dentro de toneles, y se conducía á los puertos de las naciones respectivas; pero después trataron de poner fundiciones fijas en varios puntos de la Groenlandia, y para evitar el derrame de la gordura, ó lardo, y todos los inconvenientes de su transporte, se hacían todas las operaciones en el sitio mismo. El aumento de este ramo de comercio fué tal y tan rápido, que acudieron colonias á fundar aldeas enteras, cuyos habitantes se ocupaban exclusivamente en la pesca de la ballena, y elaboración de sus productos: sus nombres nos recuerdan el origen de aquellas gentes. Estableciéronse escritorios, ferias y todas las instituciones mercantiles que son fruto de la civilización. Los holandeses fueron los que más se distinguieron en este género de operaciones, y á ellos debemos casi todas las noticias relativas á la historia primitiva de la gran pesca, que con poca diferencia todas las naciones hacían de igual manera. Cuando el vigía señalaba la aparición de una ballena, los chalupas se dirigían á fuerza de remo hacia el cetáceo, y el marino más diestro y robusto, desde la proa, empuñando un venablo de 7 á 8 pies de longitud, guarnecido con un agudo arpon y atado á una cuerda de seis á siete brazas de largo, arrojaba el arpon con toda su fuerza á la ballena, evitando dar en la parte huesosa del cráneo, en la que no podía penetrar. El animal al sentirse herido se sumergía á bastante profundidad arrastrando consigo la cuerda, la que se alojaba y anudaba á otras cuerdas dispuestas al efecto; el animal iba así sacando cinco ó seis de dichas cuerdas unidas por sus extremos, pero cada vez que la necesidad de respirar le obligaba á salir á la superficie del agua, el buque hacía una seña izando el gallardete, para llamar la atención de las lanchas más próximas al punto en que salía; entonces la que estaba cerca le arrojaba otro arpon, y la misma maniobra se repetía cuantas veces salía a respirar, hasta que luchando en vano por deshacerse de los arpones que llevaba clavados y perdiendo la sangre y las fuerzas ya no podía volver á sumergirse. Ya en este caso las lanchas la hostigaban, aunque con mucha precaución, por cuanto la ballena en medio del furor de la agonía hace unos movimientos á veces tan súbitos y poderosos, que pudieran echar á pique un buque de gran porte. Remataban al animal á lanzazos dirigidos á los espacios intercostales, y cuando estaban seguros de que nada de vida le quedaba, remolcábalo hasta el buque mayor y lo ataban á uno de los costados para despedazarlo.

El gran riesgo que lleva consigo el método de arrojar los arpones á fuerza de brazo, hizo que se buscaran otros medios de lanzarlos; primeramente se empleó una especie de mosquete, mediante el cual se arrojaba el arpon desde mayor distancia, á ejemplo de los antiguos que ya habían hecho un uso igual de la ballesta; posteriormente los ingleses se valieron del cañón, pero todos estos medios eran sumamente engorrosos, y tuvieron que abandonarlos para volver á la impulsión manual, con la precaución empero de no permitir que las lanchas se alejasen mucho del buque principal, y de ir luego este á reunirseles inmediatamente de arrojada el arma mortífera, dejando alojar libremente la cuerda por el estrave hasta poder amarrarla al

cabestante, prefiriendo de esta suerte esponerse á que se rompiese la cuerda y perudiese el arpon, á correr peligros mayores. Cada vez que la ballena aparecía á la superficie del agua, la hostigaban á fusilazos, y este medio, con corta diferencia es el mismo que actualmente se emplea.

Los ingleses, ocupados siempre en esta interesante materia, propusieron un premio de consideración al que hallase medio de vencer del todo, ó á lo menos disminuir mucho los riesgos de arrojar el arpon. En 1802, Mr. Bell, sargento de artillería, ganó dicho premio, y posteriormente se ha empleado el método que propuso. En el procedimiento de Bell entra también el uso del cañón. En 1811 el periódico inglés *The Times*, anunció otro nuevo procedimiento sobre el que se expresaba en estos términos: El buque *The Tame* cogió nueve ballenas sin valerse más que de cohetes á la congreve. La ballena de mayor corpulencia herida por un cohete se ha cogido con mucha facilidad; otra ha muerto inmediatamente; en general después de herido el animal, perdió muchísima de su natural velocidad, y no le quedaron fuerzas para sumergirse á más de tres ó cuatro varas de profundidad. Mediante los cohetes y un instrumento del calibre de un fusil, se obtienen sin choque ni repulsión en la lancha, los mismo efectos que con una pieza de artillería de seis ó doce libras de balas.

Los mismos groenlandeses, no obstante su natural torpeza, no tardaron en aprender la pesca de la ballena; y hasta la necesidad, gran maestra, les sugirió varios medios ingeniosos. En defecto de los medios que empleaban los europeos, careciendo de largas cuerdas y de buques capaces por su magnitud de resistir á los esfuerzos de la ballena, imaginaron un medio para reducir al animal en sus saltos, cuya idea indicaron ya los romanos; ataron á los arpones unos odres ó grandes vejigas de piel de foca, y con el número suplieron la fuerza de las máquinas. Así arrojaban al cetáceo una granizada de arpones con vejigas que primero dificultaban sus movimientos, y acababan por imposibilitarlos de todo punto: entonces los salvajes se echaban al agua, y sostenidos por sus vestidos de pieles impermeables empezaban en el mismo sitio á despedazar al animal, operación que se terminaba en la costa.

Luego tantos fueron los que se dedicaron en los mares de Groenlandia á la pesca de la ballena, que al fin impidieron la multiplicación y desarrollo de la raza. Estos animales abandonaron poco á poco aquellas aguas; y aunque los procedimientos para la extracción del aceite de ballena se hubiesen perfeccionado en términos que la misma cantidad de gordura proporcionaba doble cantidad de aceite que antes, los provechosos de la gran pesca del Norte disminuyeron considerablemente y con mucha prontitud. Desde entonces fué preciso acudir para dicha pesca á las costas de la América septentrional; y Spitzberg, Groenlandia y los establecimientos puestos en estos puntos quedaron casi del todo abandonados. Mas tarde se supo que no faltaban también ballenas en la América meridional, y sucedió la pesca en los mares del Sud, á la de la Tierra de Labrador, del estrecho de Davys y del banco de Terranova; y aunque no tan abundante, tenía la ventaja de ser mucho menos peligrosa. Los habitantes de estos puntos pronto se enteraron y adiestraron en el ejercicio de esta clase de pesca: los americanos con sus leves canoas iban rodeando á la ballena, espantándola con sus agudos y destemplados alaridos, con el ruido de sus discordantes instrumentos de música, obligándola á estrellarse en la orilla. Otros más intrépidos se arrojaban al agua y á nado embestían á la ballena: luego de haberla alcanzado clavaban unos enormes clavos de madera á golpes de maza en las aberturas del oído y respiración, se sumergían con el animal y con el mismo volvían á salir. Sofocado por falta de respiración, abría la boca

para recibir aire pero en su lugar absorvía grandes cantidades de agua, hasta que moría de asfixia. Entonces le remolcaban muy fácilmente hasta la playa donde lo despedazaban. El descubrimiento de nuevas regiones, y las relaciones mas frecuentes en los mares indios, patentizaron la existencia de ballenas en diversos puntos del Océano Austral; la bahía de Santa Elena, el Cabo de Buena Esperanza en Africa, tuvieron entre otros puntos, sus pescadores de ballenas. La seguridad y duración de la gran pesca en climas mas templados, compensó a la estension del trayecto y los inconvenientes de las operaciones hechas en alta mar.

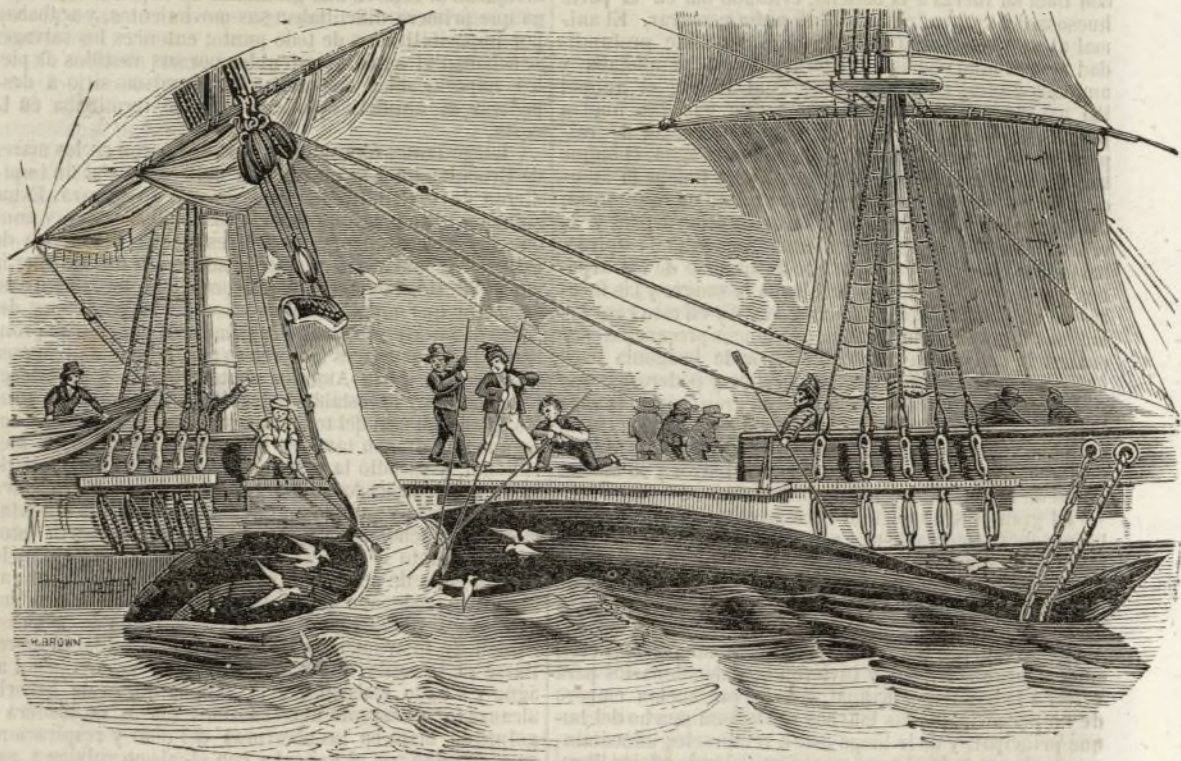
Con todo y los recursos que posee hoy la pesca de la ballena, ha perdido mucho de su primitiva importancia en casi todas las naciones. La marina holandesa no es ya lo que fué en otros tiempos; la paz general halló mudadas todas las costumbres; y ninguna nacion al parecer quiere volver á explotar lo que llamaba la Holanda su mina de oro. Vemos en documentos mercantiles que algunos estados arman muchos buques llamados balleneros; y en Francia mismo el gobierno concede estímulo á la pesca de la ballena, que solo es una carga para el tesoro muy distante de llenar el objeto propuesto de formar hábiles é intrépidos marinos; pues es fuerza confesar por mas que nos avergüenze, que la mayor parte de esas aparentes expediciones, so pretexto de la pesca de la ballena, tienen por objeto positivo el infame é inhumano tráfico de carne humana; así si hablando de estos buques expedicionarios sustituiamos á la palabra *ballenero* la de *negrero*, diremos la verdad y hablaremos con exactitud.

Entre las naciones de Europa, parece que los ingleses quieren dominar la especulación de la pesca que nos ocupa; tenemos á la vista un interesante documento sobre este ramo de comercio en los mares del Norte, el cual

debemos á un sugeto inteligente y habil, personalmente interesado en las operaciones de esta pesca, hechas por la Inglaterra. Por los pormenores que nos dá vemos que los buques balleneros llegan por lo regular á la *barrera de los hielos* á mediados de mayo, época en que por todas aquellas partes el hielo es tan consistente y sólido como una peña, bien que tambien se hallan flotantes masas de agua congelada; y cuanto les es dado practicar á los capitanes de los buques consiste en bordear por entre estas masas, esperando que con sus movimientos se les abra paso para dirigirse en tan peligrosa navegacion al punto conveniente para la pesca. El capitan Ross dió el nombre de *lanes* (callejones) á esta especie de canales, que en general son tan estrechos que hacen inútiles la velas de la nave para avanzar aunque sea favorable el viento. En este caso todo depende de la destreza é ingenio del hombre y de un trabajo extraordinario, valiéndose de cuerdas y gran fuerza de brazos para ir arrastrando los buques en un trayecto de sesenta, ciento, y ciento veinte leguas en medio de no pocos peligros.

El suelo helado, sobre que deben andar los hombres que los van arrastrando, es unas veces desigual y rebotoso, y otras liso y resbaladizo; pero llevan un calzado á proposito, y no se quejan sino cuando viene á obstruirseles el canal. En este caso es cuando el peligro es eminente, pues si llega á soplar de recio el viento del lado del mar, pónense en movimiento, por decirlo así, estensas playas de hielo, que chocando con el buque lo rompen con la misma facilidad con que la mano de un hombre quiebra la cascara de un huevo.

Los americanos del Norte se han dedicado por mucho tiempo á la pesca de la ballena con ardor y mejores resultados que todas las demas naciones.



DESTRUO DE LA BALLENA.